

DULCE Y AMADA FRANKENSTEIN

SILVER KANE

«Seguía pareciendo como si aquella fuerza superior y lejana decidiera su destino.

La carretera ascendía perezosamente hacia las montañas. La nieve estaba cada vez más cerca. Como el coche no llevaba cadenas, era muy posible que dentro de poco no pudieran continuar.

Y de pronto oyeron aquellos ruidos.

Eran unos ruidos infernales que parecían llenarlo todo. Daba la sensación de que la carretera iba a hundirse. Cox empezó a pensar que todo aquello era una pesadilla, que de pronto el mundo había empezado a dar vueltas al revés hasta transformarse en algo irreal».



Silver Kane

Dulce y amada Frankenstein

Bolsilibros: Selección Terror - 135

ePub r1.0
xico_weno 01.09.16

Título original: *Dulce y amada Frankenstein*
Silver Kane, 1975
Ilustraciones: Miguel García

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Cox empezó a darse cuenta de que la mujer con la que pensaba vivir una bonita aventura no era una mujer como las otras cuando le oyó pedir la cuenta en aquel confortable hotel de Suceava, El conserje preguntó:

—¿La cuenta? Ah, sí, no faltaba más. En seguida, señorita Frankenstein.

Cox tuvo la sensación de que había oído mal. Llevaba aún clavados en la retina todos aquellos paisajes sombríos, casi siniestros, todos aquellos bosques que parecían impenetrables, todos aquellos pueblos remotos donde parecía dormir lo más extraño de la historia. Tenía de verdad la sensación de que allí podía haber vivido no sólo Drácula, sino también Frankenstein. Y de pronto aquel nombre… Bueno, era absurdo. Incluso tuvo la sensación de que había oído mal.

Ella se acercó con una sonrisa, después de pagar.

—Hola, Cox. ¿A punto de marcha?

Se habían conocido dos días antes, por casualidad, al salir de Bucarest, y desde entonces Cox la venía siguiendo incansablemente porque algo le había dicho desde el principio que con aquella muchacha habría ciertas facilidades para qué el viaje resultara inolvidable. En efecto, ella viajaba sola, era bonita, era independiente, aceptaba cualquier invitación y cualquier sugerencia… ¿Por qué no pensar que terminaría el viaje en la habitación de Cox, o tal vez en la suya?

—Sí —dijo él—, a punto de marcha.

—Cualquiera diría que me sigues…

—Bueno… En realidad llevamos el mismo camino.

Tú haces un viaje turístico y yo también. Lo mismo me da ir a un sitio que a otro.

—Y el mejor sitio es aquél hacia el que voy yo, ¿verdad?

Lo preguntó sin enfado, casi con una sonrisa de complicidad. Cox pensó de nuevo que aquella chica tan sugestiva le estaba dando facilidades. ¿Por qué no aprovecharlas? ¿Por qué no hacer el viaje tras ella, ya que en efecto a él lo mismo le importaba ir a un sitio que a otro?

—No puedo negarlo —susurró—. Efectivamente, el mejor sitio es el sitio al que vas tú. Pero uno siempre se lleva sorpresas con las chicas.

—¿Sorpresas? ¿De qué clase? No habrás descubierto de pronto que estoy casada, ¿eh? Porque no lo soy.

Cox rió, pero no había logrado aún apartar del todo aquella sensación tan extraña.

—Es por tu apellido —dijo.

—¿No lo sabías?

—Te confieso que no.

—Pues me llamo Úrsula Frankenstein. ¿No te parece bien?

—Es un apellido que… En fin, no sabría cómo decírtelo. Es un apellido que tiene una leyenda siniestra.

Ella rió a su vez. Tenía una risa alegre, desenfadada, joven, que disipaba cualquier clase de pensamientos sombríos. Mientras avanzaba hacia la puerta dijo:

—Pues no debería extrañarte tanto. Por aquí hay bastante gente que tiene ese apellido, lo mismo que en el viejo imperio de Austria-Hungría. Pero la gente ya ni siquiera se fija en eso. ¿Qué? ¿Traes tus maletas?

—Claro… Ahora mismo las van a cargar. ¿No te importa que mi coche vaya detrás del tuyo?

—¿Por qué me va a importar? —dijo ella—. Llevas ya dos días siguiéndome, de modo que me he acostumbrado. Además casi me gusta, ¿sabes? Resulta tranquilizador ir acompañada por estas carreteras solitarias, en invierno, por el coche de un amigo. En caso de avería o de accidente siempre es una ayuda. En fin, podemos irnos cuando tú quieras.

Cox conducía un «Triumph», y Úrsula un «MG» descapotable, aunque ahora lo llevase con la capota puesta y la calefacción a todo gas. Los dos elegantes coches ingleses no llamaban, sin embargo, la atención en las ahora solitarias carreteras de Rumania, que un

masivo turismo internacional frecuentaba todos los veranos.

—De acuerdo —dijo Cox—, pero imagino que no vas a correr. Hay nieve en las montañas.

—No te preocupes; pienso ser prudente.

Los dos se situaron en sus respectivos vehículos. Cox pensaba que las cosas iban mejor que nunca. Tal vez en algún refugio de las montañas a las que se dirigían podrían pedir ambos la misma habitación. Todo era cuestión de vista, de decisión…, y de un poco de suerte.

Dio contacto, pero el coche no arrancó. Era raro, va que el «Triumph» casi nunca falla. Cox insistió, hasta darse cuenta de que el motor de arranque estaba estropeado.

Pero no era sólo eso.

Cuando lograba esporádicamente que brotase la chispa, uno de los cilindros hacía un ruido de cristal a punto de romperse. Cox lanzó una maldición.

Pocas cosas peores le pueden pasar a un turista, en efecto. Tener una avería de coche seria, grave, en un país socialista, donde resulta muy difícil hallar recambios, es de lo más fastidioso con que uno se puede tropezar. Significaba ni más ni menos que el fin de las vacaciones. Era como para darse a todos los demonios.

Úrsula, al ver que él no arrancaba, se acercó.

—¿Qué pasa? ¿Tienes avería?

—Y parece que grave.

—No puede ser. Ayer iba bien…

—Los coches van siempre bien hasta que empiezan a ir mal —dijo Cox con expresión resignada—. Bueno, ¿y qué hago yo ahora?

—Supongo que te lo podrán reparar.

—Sí, y tardarán al menos tres días. Las vacaciones al agua.

Úrsula sonrió.

Hizo honor a aquella frase de que no hay mal que por bien no venga.

—No te preocupes, hombre… No vas a perder las vacaciones por eso. Llévalo a un taller, deja que lo reparen y mientras tanto vienes conmigo. Podemos volver a Suceava dentro de tres o cuatro días y recogerlo.

Cox se apresuró a decir que sí.

Aquel plan era el mejor que se hubiera atrevido a soñar.

Por eso, apenas una hora más tarde, y con el equipaje bastante comprimido tras los asientos, estaban rodando las dos en el «MG» rumbo a las montañas. El ambiente era gélido, no encontraban a nadie en las carreteras y la nieve cubría las cumbres, amenazando con llegar hasta el llano. Era un día fatal para andar a pie, pero se estaba bien dentro del pequeño coche bien caliente, y devorando kilómetros mientras la niebla les rodeaba y mientras unas finas gotitas de lluvia empezaban a empañar los espejos.

Úrsula pulsó el encendedor eléctrico y prendió fuego a un cigarrillo. Se lo pasó a Cox con un gesto agradable.

—¿Quieres?

—Pues claro…

Los dos fumaron en silencio, cuando ella encendió otro cigarrillo. La atmósfera en el interior del coche se hacía más íntima, más confortable cada vez. Empezó a funcionar, con su ris-ras monótono el limpiaparabrisas.

Úrsula dijo de pronto:

—Es extraño.

—¿Es extraño qué?

—No sé… Lo que pasa.

—La verdad es que no veo que pase nada —dijo él, atreviéndose a llevar suavemente su mano hacia uno de los muslos de la chica, por encima de la falda.

Ella ni siquiera se dio cuenta.

Tenía la mirada perdida en un punto imprecisable de la lejanía.

—Repito que es extraño —dijo.

—¿Pero el qué…?

—No sé decirte… Un cúmulo de circunstancias, pienso yo. Primero, el que tú te hayas enterado de que soy una descendiente de los Frankenstein. Segundo, el que no hayas tenido más remedio que venir conmigo. Y luego mis recuerdos… Lo leí cierta vez en el viejo libro de la familia. Esta situación se produjo ya hace un siglo.

—¿Un siglo? ¡Qué tontería! Entonces no había automóviles.

—Pero había diligencias, y coches de caballos… La gente viajaba. Y mi bisabuela, que entonces era muy joven, se encontró en una situación similar. ¿No sabes quién era mi bisabuela?

—No. ¿Cómo voy a saberlo?

—Frankenstein se había enamorado de ella.

—Pero… ¡pero qué tontería! ¡Frankenstein es una invención!

Las manos de la muchacha temblaron un instante al volante. Estaba extraña. Algo muy grave le pasaba. Con voz opaca dijo de pronto:

—Hablemos de otra cosa, Cox. Por favor, hablemos de otra cosa.

—¿Pero por qué? ¡Si me divierte mucho! Imagínate… No hay nada mejor de que hablar en un día como éste. La carretera solitaria, la niebla, el país que parece encantado, las montañas que cierran el paisaje… Además te confesaré una cosa: siempre me ha fascinado la leyenda de Frankenstein, aunque en realidad sepa que Frankenstein no ha existido.

La chica dijo bruscamente:

—Existió.

—¡Qué tontería! Es un relato del que luego se hicieron varias películas. Además…

De pronto quedó cortado, como confundido.

—… Además —dijo, sin saber cómo seguir—. En fin, hay apellidos un tanto sorprendentes, pero eso es todo.

—Está nuestra familia —susurró ella mientras su mirada seguía perdida en el vacío—. Yo soy la única descendiente. No sé si habrás imaginado eso.

—No. ¿Por qué iba a imaginarlo?

—He recordado —dijo Úrsula, como si una voz que no era la suya hablara a través de su garganta—, el episodio que leí en el libro de nuestra familia. No queda más que un ejemplar, ¿sabes? Y es de uso reservado, o sea que sólo lo prestan a muy pocas personas. Se encuentra en la biblioteca de la Universidad de Budapest.

En ese episodio se explica que mi bisabuela era… Bueno… ¿cómo explicártelo? Era el único amor del monstruo de Frankenstein. Y cierta vez estaba ella viajando por esta misma comarca cuando un joven que se había interesado profundamente por su belleza la siguió. Ella no tenía el menor interés en la aventura, pero ocurrió algo con lo que no contaba: los dos caballos del coche de aquel joven enfermaron de pronto.

—Vaya… —dijo Cox riendo—, como los caballos que hay en los cilindros de mi «Triumph»…

’—Cox, no sigas conmigo —musitó ella con los labios apretados.

—¿Pero qué dices?

—Nada. Sólo que tengo miedo. No sigas conmigo.

—¿Y qué voy a hacer? ¿Apearme en esta carretera helada y hacer *auto-stop* para que recojan mi cadáver dentro de dos días?

Ella pareció comprender que aquello era cierto, aunque la frase no debió gustarle. De pronto aceleró como si cada vez estuviera más nerviosa. Tomó una curva a velocidad casi suicida:

Sólo se calmó al cabo de unos cuantos kilómetros de marcha temeraria.

—En fin —dijo luego—, la historia es sencilla. Mi bisabuela invitó a aquel joven a ir en su fiacre, y los dos se dirigieron a la población de Tamarov, que hoy ya 110 existe. Una vez allí, o mejor dicho antes de llegar, les envolvió una tormenta de nieve. Los dos hubieron de refugiarse en una cabaña, mientras el cochero iba a buscar ayuda a la pequeña ermita de San Estephani, que hoy tampoco existe. Muy cerca se encontraba la tumba de Frankenstein.

Cox se encogió de hombros mientras pensaba que las cosas se estaban poniendo cada vez mejor. Si Úrsula tenía miedo, resultaba más que probable que no querría dormir sola.

—En fin… —dijo—. Aun suponiendo que Frankenstein hubiera existido, los aldeanos que deseaban acabar con él lo abrasaron.

—Ésa es una de las versiones —musitó Úrsula—. Otra dice que se electrocutó en el laboratorio de su creador, el doctor Frankenstein. Y otra, la que yo siempre he creído, porque es la que figura en la historia de la familia: el monstruo de Frankenstein fue arrojado a un pozo de gran profundidad, en cuyo fondo no había más que hielo. Luego el pozo fue tapado con toneladas y toneladas de piedra y tierra. Pues bien: cuando el cochero regresó, el joven que acompañaba a mi bisabuela Úrsula estaba prácticamente despedazado. Una fuerza monstruosa e inhumana había acabado con él. Úrsula sólo fue capaz de decir que Frankenstein había vuelto. Estaba loca… Durante años estuvo encerrada en un manicomio, hasta que otro miembro de la familia, un primo lejano, se apiadó y se atrevió a casarse con ella, pese a saber la especie de maldición que pesaba sobre aquella mujer. La maldición de ser la amada de Frankenstein…

Aquel relato escueto, narrado con voz temblorosa, un poco ronca, causó efecto en Cox. No pudo negarlo. Todo acompañaba además, desde la niebla a la soledad de la carretera que se iba perdiendo más y más en él laberinto de montañas.

—Pero en fin… —preguntó con voz que quería ser alegre—. ¿Y también fue despedazado ese primo lejano?

—Oh, no… La verdad es la verdad. Frankenstein no volvió a aparecer. Los dos fueron muy felices, y la prueba es que nací yo al cabo de casi cien años.

—Y además, se llamaba Úrsula, igual que tú. Pues vaya…

—Por eso digo que te vayas, Cox. Y tienes que hacerlo ahora…

—Sería una tontería que me preocupara por algo que, según un libro que se custodia en Budapest, ocurrió hace un siglo. ¡Qué tontería! Pero ya puestos en ese plan de leyendas, ¿no cuenta la historia lo que hizo el monstruo después de despedazar a aquel joven?

—Claro que lo cuenta. Cayó una nevada atroz y lo sepultó.

—Pues parece que el pobre tipo estaba condenado a pasar frío…

—Más vale que no bromees, Cox. El libro da toda clase de detalles, y yo he comparado todos sus datos minuciosamente. Por ejemplo habla de que la población de Tamarov estaba a punto de desaparecer, porque sus habitantes la abandonaban; y, en efecto, hoy ya no existe. Habla también de que la iglesia y el monasterio de San Estephani estaban medio en ruinas, y hoy efectivamente, ni esas ruinas existen porque fueron sepultadas. Fue el mismo alud que sepultó a Frankenstein.

—Ah, ¿pero quedó enterrado otra vez?

—En efecto, el alud de nieve y el corrimiento de tierras cambiaron la fisonomía de la comarca. Para muchas personas, aquello fue un auténtico terremoto. Frankenstein quedó completamente sepultado, así como muchas casas, muchos árboles y campos enteros… Ya te he dicho que hasta el monasterio de San Estephani fue tragado. Desde entonces no se ha vuelto a oír hablar nunca más del monstruo.

Cox esbozó una sonrisa.

En fin, aquello ya estaba mejor.

Tenía que confesarse a sí mismo que por un momento incluso había llegado a impresionarse.

—Bueno —dijo con un suspiro de alivio—. Si ni el monstruo existe ni la comarca es la misma, ¿a qué preocuparse tanto?

Y echóse para atrás en el asiento, a fin de acomodarse mejor.

Fue entonces cuando abrió mucho los ojos. Cuando vio aquella simple indicación. La flecha señalaba hacia Ja izquierda y tenía un texto que decía:

A TAMAROV

Existía un camino a Tamarov, la ciudad desaparecida…

CAPÍTULO II

Cox gruñó:

—Bueno, ¿pero qué es esto?

El «MG» se había detenido. Úrsula parecía indecisa. Luego, como si una fuerza superior a ella la empujase, dobló hacia la izquierda y tomó el nuevo camino.

—¿Pero adónde vas?

Úrsula no contestó.

Seguía pareciendo como si aquella fuerza superior y lejana decidiera su destino.

La carretera ascendía perezosamente hacia las montañas. La nieve estaba cada vez más cerca. Como el coche no llevaba cadenas, era muy posible que dentro de poco no pudieran continuar.

Y de pronto oyeron aquellos ruidos.

Eran unos ruidos infernales que parecían llenarlo todo. Daba la sensación de que la carretera iba a hundirse. Cox empezó a pensar que todo aquello era una pesadilla, que de pronto el mundo había empezado a dar vueltas al revés hasta transformarse en algo irreal.

Pero nada más real y más concreto que lo que vieron en la próxima curva. Se trataba de una serie de tanques y de cañones de enorme potencia que iban sobre orugas. Sobre aquellas máquinas de guerra no sólo figuraban los distintivos del ejército rumano, sino también los del germano-oriental, el húngaro y el ruso. Sin duda se trataba de unas maniobras militares del Pacto de Varsovia.

—Ahora me explico el ruido infernal que se oía la otra noche en el hotel —murmuró Cox, quien había sentido un brusco alivio al ver que no se trataba de nada sobrenatural—. Se ve que esos cañones estuvieron funcionando durante horas y horas. Pues deben haber dejado planchada la comarca.

—Todo esto se halla deshabitado —susurró Úrsula—. Es natural

que las maniobras se hagan aquí.

Pasaron con cuidado junto a los tanques. Éstos también maniobraban con precaución. La nevada se iba haciendo más y más intensa.

Pronto estuvieron solos otra vez.

Cox sintió una cosa extraña:

Nunca lo hubiera creído, pero aquellos tanques del mundo oriental le habían tranquilizado a él, un ciudadano británico. Le habían causado una sensación de alivio, porque al menos eran el mundo de las cosas concretas y reales.

En cambio ahora volvía a tener la sensación de que se enfrentaba a lo desconocido.

—¡Qué extraño es eso de Tamarov…! —dijo.

—Yo sé lo que ha sucedido —musitó Úrsula Frankenstein.

—¿Qué?

—Ha sido esa maldita artillería… Con sus disparos de gran potencia, repetidos una y otra vez, ha cambiado el paisaje. Las ruinas de Tamarov, hundidas hace cien años por el corrimiento de tierras, han reaparecido. Y ahora vuelven a estar a la luz del día…

—Pero… pero ese letrero que indica dónde pueden ser halladas…

—No seas aprensivo, Cox. Tú que no creías en la historia de Frankenstein te has puesto de pronto nervioso. Rumania es un país de ruinas donde se ama a las ruinas. Aquí los oficiales del ejército tienen una gran cultura no sólo en el aspecto militar, sino también en el histórico. El general que manda las maniobras debía conocer la existencia de la antigua ciudad y ha hecho colocar una indicación para que se sepa dónde pueden ser encontradas sus ruinas.

Llegaban en aquel momento a una especie de meseta.

Más allá el paisaje era completamente desolado.

Parecían haber alcanzado el fin del mundo.

Y entonces distinguieron las ruinas. Eran apenas dos docenas de casas, todas ellas medio derruidas y sumergidas aún entre la masa de tierra, pero conservadas, dentro de las circunstancias, con una casi milagrosa perfección. Se distinguía en ellas el viejo estilo de la Transilvania de los vampiros, de las leyendas, de los aparecidos… La Transilvania que también pudo haber sido la patria de Frankenstein, aunque las leyendas la situaban en otro sitio. Desde

las ventanas pequeñas, siniestras, parecía que acecharan los fantasmas. Y había más allá unos arcos que parecían las entradas de panteones recién descubiertos.

Úrsula dijo con voz que parecía la de una mujer hechizada:

—Todo vuelve a estar como… como hace un siglo.

—No puede ser. Esta carretera por la que pasamos ahora también debió ser sepultada en aquella época por el corrimiento de tierras.

—La han hecho nueva los militares —dijo Úrsula—. Seguro que es así. Debe tener importancia estratégica y la han dejado lista para las maniobras, aunque también pueda emplearla el tráfico civil. De modo que estamos siguiendo el mismo camino que en su fiacre siguió mi bisabuela cuando Frankenstein… cuando Frankenstein apareció de nuevo.

Cox, que nunca había tenido miedo, sintió sin embargo ahora que algo empezaba a funcionar mal en su cerebro. Lo que le impresionaba no era sólo aquella serie de malditas casualidades, sino el hecho de que la chica pareciera dominada por aquella fuerza del Más Allá. De pronto la sensación de pesadilla se hizo casi insoportable para él.

Pero aún intentó rechazarla.

—No aparece el monasterio de San Estephani —dijo.

Ella movió un poco la mano derecha.

—Mira.

Cox tuvo un estremecimiento. Porque, efectivamente, detrás de un promontorio estaban las viejas ruinas. Se notaba que la tierra había sido completamente batida por los cañonazos, aunque ahora la nieve lo iba cubriendo e igualando todo con su blanco sudario. Unas ojivas negras surgían fantasmales de entre aquella masa cremosa. Ojivas que durante más de cien años habían estado olvidadas en el silencio, veían ahora de nuevo la luz. Tras ellas, unos esqueletos cubiertos con los capuchones de los monjes, parecían desfilar lentamente.

Sólo faltaba una música de órgano.

Para Cox, aquello era una especie de alucinación.

Pero consiguió decir con voz indiferente:

—En fin, parece como si el pasado volviera… Al final nos vamos a divertir todos.

Y señaló a la muchacha la única ruta practicable, que se perdía más y más en las desigualdades del terreno. Aquél parecía otro mundo. Daba la sensación de que era un sueño aquello de que horas antes estuvieran en un hotel confortable, rodeados de camareros amables y de habitaciones con todas las comodidades. Bruscamente, ahora, se habían visto trasladados a un pasado que no tenía sentido. Cox empezaba a dudar de sus propios ojos y sólo deseaba una cosa; alejarse cuanto antes de las ruinas de San Estephani.

Pero la nieve les estaba impidiendo llegar más allá. El «MG», pese a su estabilidad, empezaría a patinar de un momento a otro.

—¿Llevas cadenas? —preguntó Cox.

—No.

—Pues la hemos hecho buena…

—Sí. Y lo peor es que la nieve ha ido cerrando el camino. Hasta los de los tanques parecen haberlo adivinado y se han ido. Yo pienso que ya ni siquiera podemos volver atrás.

—Pues entonces…

—Mira allí.

Si horas antes le hubieran dicho a Cox que iba a tener tanta suerte, no lo hubiera creído. Una serie increíble de circunstancias se habían dado cita para que todo le saliera bien y Úrsula fuera suya. Porque lo que ahora tenían delante era ni más ni menos que un refugio de montaña aislado en la nieve. Tenía un aspecto bastante decente y no cabía duda de que iban a estar solos allí. Las oficinas de turismo rumanas y las organizaciones cívicas cuidan con bastante esmero esos refugios, procurando que estén limpios y que en ellos haya leña. Por lo tanto, y contando con que en el «MG» llevaban unas cuantas provisiones, no se podía pedir más.

Detuvieron el coche ante la puerta.

Entraron.

Había una sola habitación sin camas, pero con unos bancos donde podían ser extendidas las colchonetas. Junto a la chimenea había leña cortada. Había también un depósito de agua. Uno podía esperar allí perfectamente que pasase la tempestad de nieve.

En especial con la compañía de una mujer.

No hay nada mejor que una mujer para dar calor, qué cuerno. Y quien diga lo contrario es que no ha probado la compañía de ninguna. Cox empezó a ver las cosas de color de rosa cuando se

encontró a solas con ella.

Y se olvidó de Frankenstein.

Y de las viejas leyendas.

Y de toda aquella zona que había cambiado de pronto gracias a las piezas de artillería disparando durante una noche entera.

Úrsula había musitado:

—Tengo… tengo miedo.

—¿De qué? Nadie va a venir a molestarnos aquí. No corremos ningún peligro…

—Podemos estar más de un día aislados por la nieve —dijo la muchacha.

—Si es eso lo que te preocupa, olvídalo. La nieve no cuajará demasiado en esta época del año, pues estamos casi en primavera. Además nos han visto los tanquistas. En su informe señalarán sin duda la presencia de un coche extranjero en la zona de maniobras, y me apuesto las dos manos a que antes de veinticuatro horas viene alguien a husmear por aquí. Me parece que vamos a estar tranquilos menos tiempo del que esperamos.

Y se acercó a ella.

Los ojos de Úrsula Frankenstein estaban nublados.

Había en ellos una lucecita de miedo.

O quizá de esperanza, porque al fin y al cabo no estaba sola.

Los dos cayeron uno en brazos del otro.

Buscaron sus labios.

Unieron sus alientos.

A través de los cristales la nieve que lo llenaba todo, que lo cubría todo. Veían los pequeños montículos, las rocas desnudas erguidas al cielo, los abetos, los…

Úrsula susurró:

—Mira aquello, Cox.

—¿Qué?

—Aquello…

Le señalaba con el dedo tembloroso a través de los cristales. Casi no se distinguía, pero parecía un muñeco de nieve. Un muñeco enorme, dos veces más alto que una persona normal.

Cox se encogió de hombros.

—Bueno, yo diría que… —musitó—. En fin, no puede ser.

—¿Qué piensas, Cox?

—Nada… Absolutamente nada. Además, está muy lejos.

—Cierra bien la puerta. Que no entre…

—¿Que no entre quién?

—El muñeco…

Cox hizo una mueca.

Todo aquello ya le parecía demasiado.

Pero cerró la puerta y la atrancó por dentro. Era seguro que ni el muñeco ni un hombre, ni el propio diablo, podrían entrar. Además estaba tan lejos que ya, de pronto, ni siquiera se le veía.

—Olvídalo, pequeña.

Volvió a besarla. Y esta vez la atrajo hacia sí con más audacia, con más ánimo de posesión, con la completa seguridad del que sabe que una mujer va a ser suya.

La dobló sobre el suelo.

No tenían colchonetas ni falta que les hacían. Estando con una mujer bonita, hasta en un banco de madera se duerme como en la gloria.

CAPÍTULO III

Había salido la luna.

Los dos estaban muy juntos, uno apretado al otro.

Al dejar de nevar, el paisaje había adquirido esa especie de magia que tiene en las postales navideñas. Era blanco, limpio, etéreo. Era de una nitidez y de una poesía absolutas. El mundo real, con sus problemas, parecía infinitamente lejos, como también parecía infinitamente lejos el tiempo.

El tiempo…

¿Es posible que, en un momento determinado un hombre y una mujer puedan ser transportados cien años atrás? ¿Es posible que la realidad de uno desaparezca para ser reemplazada por la realidad de otro? ¿Puede algo que ya ha sucedido volver a suceder en el mismo sitio y exactamente en las mismas circunstancias?

Cox pensaba ahora todo eso.

Con los ojos muy abiertos, miraba la magia del paisaje a través de la ventana.

Y se daba perfecta cuenta de que aquella cosa fría iba penetrando poco a poco en él.

El miedo.

Se avergonzaba de sentirlo. Pero no lo podía evitar.

El miedo estaba con él.

Crecía.

Se iba haciendo grande y lo llenaba todo.

Siempre ocurre lo mismo. Cuando el deseo inspirado por una mujer lo desborda todo, uno no se da cuenta de las circunstancias. Sólo piensa en la ocasión que quizá no se volverá a repetir. Pero cuando el deseo ya ha sido saciado, cuando sólo queda la realidad que nos envuelve, la verdad desnuda de todos los días, las cosas se ven de distinto modo. Se ven casi con una siniestra claridad. Y eso

era lo que le pasaba a Cox, dominado por sentimientos que no quería confesarse.

Ella también estaba con los ojos muy abiertos.

Bisbiseó:

—¿Qué piensas?

—En nada. Bueno, en… No, en nada.

—¿Quizá en el muñeco?

—No. ¿Por qué había de pensar en él? Deben haberlo hecho los soldados. Y además ya no se le ha vuelto a ver.

—Es natural que no se le haya vuelto a ver, Cox.

—¿Por qué dices que… que es natural?

—Porque ha cambiado de posición.

Úrsula intentaba hablar con voz tranquila, pero en realidad sus ojos demasiado abiertos la desmentían. Estaba hundida en un paroxismo del que no podría salir, un paroxismo en el que sólo imperaba el miedo.

Cox sintió frío en la nuca.

Alzó la cabeza para ver mejor.

Y entonces notó que, en efecto, el muñeco estaba en otro sitio. Desde su posición no lo había visto por esa causa. Era enorme, gigantesco, era dos veces superior al tamaño de un hombre.

Y estaba más cerca de la casa.

Había avanzado durante la noche…

Cox intentó tragar saliva.

Pero no pudo.

Su garganta estaba contraída. Todos los músculos le pesaban como si de pronto hubieran fundido plomo en ellos.

Úrsula musitó:

—Cox, hemos de irnos de aquí…

—¿Estás segura de que el muñeco… ha cambiado de posición?

—No intentes engañarte. Tú sabes que sí.

—Pero entonces… entonces…

Cox no quiso pensarlo. Sacó fuerzas de flaqueza. Fue hacia la puerta queriendo convencerse aún de que todo aquello era una serie de pesadillas.

Aunque la puerta atrancada era lo que más seguridad le daba, no dudó en abrirla. Un frío glacial le llegó hasta los huesos. Miró como un alucinado el «MG» que estaba delante de la choza.

Con él podrían salir de allí. Aunque el camino de bajada fuera un infierno, no le importaba. Tampoco le importaba que las ruedas estuvieran medio hundidas en la nieve, pues en el refugio había una pala con la que podrían despejarlas.

Se introdujo en el coche. Dio al demarré.

Y se dio cuenta de que el motor estaba demasiado frío. Incluso el aceite no era el adecuado y debía haberse helado en el cráter. Seguro que Úrsula Frankenstein no esperaba las temperaturas con las que al fin había tenido que encontrarse. Ni él había tenido la elemental precaución de poner el vehículo en marcha dos o tres veces para evitar que se enfriara del todo.

Se maldijo a sí mismo.

Castigó brutalmente la batería, pero aquello no arrancaba. Habría que empujarlo, y para eso necesitaban que se fundiera un poco la nieve. O que el sol calentara un poco el motor, haciendo más fácil lo que ahora parecía imposible.

Úrsula apareció en el umbral.

Tenía las facciones lívidas. Y también temblaba, pero Cox hubiese jurado que no era sólo de frío.

—Déjalo —musitó ella—. Vas a destrozar la batería si sigues así. Y entonces es seguro que no saldremos nunca.

—Es verdad —dijo Cox.

Y entró como un sonámbulo.

Dirigió una mirada de soslayo al muñeco.

Y entonces vio… ¡que ya no estaba allí!

El muñeco… ¡había desaparecido!

Ahora sí que la angustia dominó por completo a Cox. Ahora sí que ya no pudo más. Con movimientos febriles cerró y atrancó la puerta.

No le hubiera dado vergüenza gritar.

Estaba aterrado.

Pero el silencio y la calma volvían a rodearle. El silencio y la calma le hacían sentirse seguro. Encerrado en aquel refugio donde no podía entrar nadie… ¿Qué mal podía temer? ¿Qué podía sucederle?

Y de pronto oyó los golpes.

Aquellos golpes secos en la puerta. El estruendo era similar al que hubiera causado una mano gigante.

Cox miró hacia allí.

Le parecía una pesadilla, pero no lo era. Los golpes sonaban. Estaban repercutiendo en las paredes, en el aire, en su propio cráneo… Los golpes exigían que él abriese. Sonaban cada vez más fuertes. ¡Parecían ir a derribar la puerta…!

Miró a Úrsula.

Ella también tenía los ojos desencajados.

Diríase que no respiraba.

—Cox… —balbució.

—¿Tú oyes lo… lo mismo que yo?

—¡Claro que lo oigo, Cox! —La chica le agarró por las solapas ansiosamente, desesperadamente—. ¡Claro que lo oigo, y eso significa una sola cosa! ¡Tienes que abrir! ¡No queda más remedio! ¡Tienes que abrir! ¡El muñeco de nieve ha venido a buscarnos! ¡Frankenstein está aquí! ¡Nos llama! ¡Tienes que abrir, Cox! ¡Él está con nosotros! ¡Nos ve a través de las paredes! ¡Abre! ¡El muñeco quiere entrar…!

CAPÍTULO IV

Fue el sargento Pedreanu quien dio el informe a Ja mañana siguiente al jefe de la unidad de maniobra, el coronel Uscatescu. El sargento Pedreanu, pese a ser un hombre al que se consideraba sereno y valeroso, tenía los ojos desencajados, hablaba mal y parecía incapaz hasta de hacer un informe por escrito. Todo tenía que decirlo de palabra y con una voz entrecortada que no parecía la suya.

—… Y estaba despedazado, mi coronel… Completamente despedazado. Nunca había visto una cosa igual. Ni que lo hubieran triturado con una máquina…

—¿Triturado? ¿Pero quién?

—El extranjero que iba en aquel coche. Usted ya recuerda que decidimos investigar por si sus movimientos en la zona de maniobras eran sospechosos.

—Pero él no iba solo. ¿Y la mujer?

—La mujer está viva.

—¿No puede ella haber hecho eso?

—¡No…! ¡Qué va!

—Pues entonces debe saber algo. ¡Con sus declaraciones daremos al caso resuelto a la policía!

—Es que la chica dice una cosa absurda, mi coronel.

—¿Qué dice?

—Que eso lo ha hecho el monstruo de Frankenstein.

El coronel Uscatescu se pasó una mano por la mandíbula.

Él era un veterano de la guerra. Treinta años antes, cuando apenas había cumplido los veinticuatro, organizó una unidad de guerrilleros para luchar contra los alemanes que, de pronto, habían pasado a ser los enemigos porque estaban en guerra con Rumania. Luego se había unido a los rusos, y con los rusos le rodaron las

cosas bien. Ahora era coronel de un ejército del que se sentía vagamente orgulloso, porque nunca lo había visto tan fuerte. Uscatescu estaba integrado en el estado mayor del Pacto de Varsovia y era un hombre frío y calculador que creía en la eficacia de los tanques y en el tiro curvo de la artillería. Pero no creía en Frankenstein ni en puñetas. Todo aquello formaba parte de una época de su niñez que ya estaba olvidada para siempre.

—Esa tía debe ser una loca —dijo.

—Pues yo diría que hablaba con sinceridad y… con un horror auténtico.

—No lo discuto. Los locos son la gente más sincera que existe… Bueno… Haz que preparen el «todo-terreno» y daré un vistazo yo mismo antes de avisar a la Policía de Seguridad. Parece que la nieve ya ha empezado a derretirse.

—Sí, mi coronel. Se puede llegar bien hasta el refugio de montaña, pasando por las ruinas de Tamarov y del monasterio de San Estephani…

—Hum… Las ruinas de Tamarov… Y San Estephani… No me ha gustado nunca aquello. Tiene algo que… En fin, llega a helar la sangre. Y comprendo que está mal que lo diga un coronel como yo, pero es cierto. —Hizo crujir sus nudillos—. Hala, vamos.

Mientras remontaban la estrecha carretera militar, se dijo a sí mismo que aquello de Frankenstein no era cosa de su país. Si no recordaba mal, la historia situaba los hechos en Austria, en el viejo Imperio capitalista y podrido que la gente haría mejor en olvidar. Seguro que todo aquello del horrible asesinato y de la mujer que había visto al monstruo era una invención de los enemigos del pueblo que querían debilitar con ello la unidad de las fuerzas del Pacto de Varsovia, siempre dispuestas a repeler cualquier agresión de los condenados yanquis.

Al menos en una cosa tenía suerte el coronel; no se atormentaba demasiado. Sus pensamientos seguían siempre en línea recta.

Pero, al ver todo aquello, sus pensamientos empezaron a trazar curvas. Al ver, por ejemplo, las enormes huellas marcadas en la nieve. Y al ver la choza solitaria sobre la que parecía flotar una lejana, una indefinible sensación de horror.

Un teniente que había subido con él en el «todo-terreno», le fue explicando lo sucedido poco antes.

—Descubrimos por la documentación del muerto que se llamaba Cox. Viajaba con la chica, pero había dejado un coche con avería en Suceava. Parece que eran amantes o algo parecido. Bueno, ya se sabe. Turistas… El pasaporte de ambos es británico. Entraron en el país hace escasamente una semana.

—Me interesa el hombre —dijo bruscamente Uscatescu.

—Bueno, pues era inglés, ya se lo he dicho. Posición acomodada, a lo que parece. Se dedicaba a los negocios y tenía treinta y tres años. En cuanto a la chica…

El teniente se había interrumpido. Uscatescu le miró bruscamente.

—¿Qué pasa con la chica?

—Tiene un nombre extraño. Mejor dicho, un apellido extraño.

—¿Cuál es?

—Se llama Úrsula Frankenstein.

El coronel no contestó.

Sus facciones se habían contraído.

Bruscamente aquello ya no le parecía una maldita invención de los eternos enemigos del pueblo.

Y cuando vio el cadáver tuvo que ocultar su angustia, su abrumadora sensación de horror. Había visto a muchos hombres destrozados por las bombas, por la metralla, pero nunca nada semejante. Ni que una gigantesca máquina trituradora hubiese metido a aquel tío por un lado y lo hubiese sacado por otro. Parecía haber sido despedazado por una fuerza irresistible, por una fuerza que no era humana. El coronel se dio cuenta de que no podría entregar aquel caso, resuelto a la policía, demostrando que el ejército siempre era mejor. Lo único que pudo decir fue:

—Procurad que nadie toque nada.

Y volvió a mirar las huellas. Éstas eran enormes, eran las de unos pies que jamás un hombre tendría. Llegaban hasta la casa y luego volvían desde ella hasta el bosque. Allí se perdían porque, así como en terreno despejado había dejado de nevar, en el bosque había ido cayendo nieve de las ramas, y eso lo borraba todo.

Uscatescu lanzó un gruñido.

—La policía ya se encargará de medirlas —dijo—, pero desde luego no son de un pie humano. ¿Qué es ese cable que pasa por encima de nuestras cabezas?

—El telesilla, coronel. Se está montando uno para crear más arriba una estación de invierno.

—¿Y eso es lo único que hay?

—Sí, mi coronel. De momento el cable.

Uscatescu volvió a pasarse la mano por la mandíbula.

Estaba aterrado, pero no quería reconocerlo.

—Hay que llevarse a la muchacha a Bucarest —decidió—. Pero sobre todo que no se dé ninguna publicidad a esto en los periódicos. Nosotros podemos ordenarlo porque es zona militar. Que nadie llegue a saber que esa chica se llama Frankenstein…

CAPÍTULO V

La casa era tranquila y estaba situada en un lugar aún más tranquilo del Distrito Federal de Columbia, cerca del cementerio de Arlington. Unas suaves colinas verdes impedían que se viera la enorme planicie sembrada de cruces y amortiguaban también el ruido de los miles y miles de coches que bordeaban la zona para entrar en Washington o para visitar la tumba del presidente Kennedy, que era aún una atracción turística de primera clase. La casa tenía un color severo, estaba construida con ladrillo que los años se habían cuidado de ennegrecer y ofrecía un cierto aspecto Victoriano, como de barrio viejo y distinguido de Londres. Todas las de la calle eran parecidas, y el único detalle de color que se ofrecía al viandante eran los parterres de flores de los jardincillos. Pero hasta las rosas tenían un color pálido allí, como si se avergonzaran de haber crecido.

La casa de Bunsen era de alquiler y Bunsen no había visto al amo nunca. Una agencia inmobiliaria se encargaba de administrarla por medio de un viejo que tenía el mismo aspecto que la casa y cuyo trabajo predilecto consistía en presentarse el uno de cada mes a las ocho de la mañana para cobrar a machamartillo. El alquiler era un poco caro, pero Bunsen se sentía a gusto allí porque podía trabajar en su libro, la monumental Historia de las viejas familias europeas. Ahora estaba realizando el tomo de los grandes apellidos que un día cruzaron el Atlántico y empezaron a prosperar en América. Los Kennedy, por ejemplo, habían sido europeos. Irlandeses, por más señas.

Aquella mañana se despertó de un excelente humor.

El día era agradable, uno de esos días en que los cerezos del Potomac están en plena sazón de luz y de vida. Abrió la ventana y notó calor. El tiempo, desde luego, era fantástico. Tanto que le

ayudó a eliminar de su mente las brumas de la pesadilla de aquella noche.

Porque Bunsen había tenido una pesadilla.

Eso no era normal en un profesor de Oxford.

Pero la había tenido.

Le dominaba la sensación de que durante toda la noche había estado oyendo ruidos de tapas al cerrarse, y algo le decía que esas tapas eran de ataúdes. Tan absurdo como se quiera, pero era así. Tapas de ataúdes.

Y lo curioso era que sonaban en la casa vecina.

Pero la casa vecina estaba vacía. Incluso a veces el agente de la inmobiliaria se quejaba: «A ver si conoce usted a alguien que me la alquile…».

Bunsen se encogió de hombros.

Bueno, uno no es responsable de sus propias pesadillas. Ya se sabe: el cerebro humano es un misterio. Hasta un profesor de Oxford puede soñar de noche que ocurren cosas extrañas en una casa vacía.

Dejó las ventanas abiertas porque sentía calor. Realmente el verano se adelantaba ese año, y Washington es una ciudad bastante calurosa. Mientras se afeitaba con la máquina a pilas, Bunsen entró en su despache para consultar unas notas.

Y se detuvo.

Notaba algo raro allí.

Bueno, no sabía lo que era.

Y sin embargo, lo relacionaba con el sueño de aquella noche. Sí, de eso se trataba. Del sueño de aquella noche Él había creído que oía los ruidos mientras estaba en el despacho, cuando la realidad era que él se encontraba entonces en el dormitorio; y el dormitorio estaba situado en el lado apuesto de la casa.

De todos modos eso tampoco le importó a Bunsen Ya se sabe; uno, cuando sueña, se sitúa en sitios donde no está realmente. Si sólo se trataba de aquello, la cosa no tenía demasiada importancia. Pero había algo más.

Sí, eso era. Algo más.

Bunsen tardó en descubrir de qué se trataba. Y cuando descubrió una cosa tan sencilla, arqueó las cejas con un gesto de extrañeza. Porque lo que le pasaba allí era que sentía frío.

El cuarto estaba helado cuando el resto de la casa estaba caliente.

No tenía sentido. Y esto ya no era un sueño; se trataba de algo que notaba en su piel, que le penetraba como un cuchillo.

«Me habré puesto enfermo», pensó.

A veces ocurre eso; un golpe de aire hace que uno se ponga a sentir toda clase de escalofríos.

Pero no. Tampoco se trataba de eso: en las otras habitaciones se estaba caliente. Uno necesitaba abrir las ventanas. ¿Por qué entonces sólo en una, en aquella condenada habitación, hacía frío?

Bunsen decidió que con el pensamiento no resolvería nada. Seguramente era una falsa impresión de sus sentidos. Y como contra eso hay un sistema excelente, que consiste en dar un paseo y tratar de olvidar, resolvió llegarse hasta las orillas del Potomac, convencido de que luego, cuando regresase, estaría como nuevo.

Se vistió y salió de la casa.

La calle aparecía sumida en un extraño silencio.

Como si de repente no viviera nadie en ella.

Bunsen se encogió de hombros nuevamente. En fin, allí la gente tampoco era muy ruidosa. Por tal razón había elegido él la vieja casa cercana a Arlington. Vio su coche en el garaje, pero decidió ir a pie y no lo sacó.

Entonces se fijó en la casa de al lado.

No estaba vacía como otras veces.

Al contrario, había un tipo en ella.

Apoyado en la pared.

Muy rígido.

Daba la absurda sensación de ser un tronco, o algo así. Bunsen no había visto nunca a nadie que se apoyara en la pared de aquella manera.

Pero, en fin, allá él.

Los países que llamamos «libres» no son tan libres, pero, desde luego, uno puede apoyarse en las paredes como le dé la gana.

—Buenos días —susurró Bunsen.

El otro no contestó.

Bunsen insistió, con cierta acritud:

—Buenos días.

A él, educado en Oxford, le irritaba que la gente no contestara al

saludo.

Pero aquel tipo tampoco se molestó en demostrar que le había oído. Y entonces Bunsen se detuvo del todo para fijarse en él. Le clavó los ojos como le hubiera clavado dos espadas. Pero ahora, de pronto, sintió que el frío se hacía total, que lo llenaba todo, que le penetraba hasta la misma médula de los huesos. Porque aquel fulano no le había contestado por una razón muy sencilla: aquel fulano estaba muerto.

CAPÍTULO VI

Todas las cosas absurdas que le habían ocurrido a Bunsen en su vida se esfumaron, perdieron importancia, se convirtieron en la pura nada al lado de lo que ahora tenía delante de los ojos. Porque un hombre muerto en pie y encima apoyado en la pared era algo que no había visto jamás. Al menos un hombre que no era una momia, sino que parecía aún vivo, que tenía aspecto de echar a andar de un momento a otro.

Pero no.

Realmente estaba muerto.

Aquella rigidez espectral. Aquel color que ya no era Je este mundo. Aquellos ojos que parecían no haberse abierto nunca. Aquellos labios inexistentes y en los que parecía estarse desarrollando una oscura podredumbre, todo eso era la muerte. Bunsen no sólo lo sabía, sino que además lo sentía igual que una secreta amenaza.

Miró de nuevo al hombre.

De repente comprendió por qué durante la noche haría estado oyendo ruido de tapas de ataúdes. Quizá no había sido una pesadilla. Al fin y al cabo, todo aquello era la muerte.

De pronto oyó el leve taconeo.

Y la chica dijo:

—Vamos, ayúdame, George.

Bunsen se la quedó mirando con asombro. Entre aquella muñeca y la muerte no había la menor relación. Eran totalmente antagónicas, porque aquella muñeca estaba llena de vida. Y además era fantásticamente bonita: a su abundancia de curvas, con su tez sonrosada, con sus ropas finas y sus zapatos de alto tacón, parecía una diosa antigua sobre un pedestal. Era algo indefinible que se metía muy adentro. Al lado de la Muerte aquella mujer parecía

representar la Belleza, ambas cosas con mayúscula.

De pronto ella abrió la boca con sorpresa al darse cuenta de que se había equivocado.

—Usted no es George —musitó—. Perdone.

—No, no soy George —dijo Bunsen, reaccionando al fin—. ¿Pero qué significa esto? Nunca había visto a un muerto haciendo de centinela en la calle. ¿Qué diablo pasa?

—¿Por qué lo pregunta? ¿Es usted policía?

—No, pero soy el vecino de la casa de al lado. Y todo lo que pase a dos metros escasos de mi puerta me afecta.

Ella consiguió sonreír. Hizo un gesto de disculpa.

—Perdone… Quizá debimos avisarle, pero es que todo ha sido muy rápido. Yo trabajo para el doctor Gost.

—¿Y quién es el doctor Gost?

—Se dedica a la conservación de cadáveres.

—Bueno… No es asunto mío, pero ¿a quién le interesa que los cadáveres se conserven? ¿Qué utilidad tiene eso?

—Por su boca habla la ignorancia —dijo la chica con una voz que, sin embargo, era amable—. La conservación de los cadáveres interesa, en primer lugar, a los parientes más cercanos del difunto. Ya era algo que apasionaba a los antiguos egipcios, por si usted no lo sabía. En segundo lugar, interesa a la policía, pues cuanto más tiempo dure un muerto más pueden prolongarse las investigaciones. E interesa también a los futuros médicos, pues cada vez hay menos cadáveres para los estudios de Anatomía. Por último, la conservación de los seres que han perdido la vida, permitiendo la duración indefinida de sus tejidos, es el primer paso que ha de darse para la hibernación. Si algún día una persona llega a resucitar doscientos años después de haber sido hibernado, ello se deberá en gran parte a los estudios que está realizando el doctor Gost. De modo que no ere; que estamos aquí perdiendo el tiempo, señor… señor…

—Bunsen —dijo él—. Enseño historia en Oxford.

—¿Y qué hace en los Estados Unidos?

—Preparo un libro sobre la historia de las grandes familias europeas que vinieron a América. Pretendo que sea un libro importante, ¿sabe? Ah… Y en cuanto a esos estudios del doctor Gost, me ha convencido usted, créame. Pero yo creí que esas cosas

se efectuaban en un hospital y no en una casa de alquiler de un barrio tranquilo.

—Precisamente porque es un barrio tranquilo —dijo la muchacha—. Al doctor Gost no le gustan los curiosos. Si usted ha llegado a ver a este muerto ha sido por un descuido de George; seguro que se dedica a emborracharse en la furgoneta en vez de entrar en la casa lo que tiene que entrar.

—Ah, ¿pero hay más muertos?

—Sí. Cinco.

—Cuerno. Tendrán ustedes licencia sanitaria…

—Por supuesto. Puedo enseñársela si quiere.

—¿Y han trabajado esta noche?

—Sí. Para tenerlo todo a punto.

—¿Y han traído los… los fiambres en unos ataúdes?

—Es natural. Claro que los hemos transportado en unos ataúdes.

—Entonces no ha sido una pesadilla…

—¿Qué dice, señor Bunsen?

—Nada, nada… Es que esta noche he dado a los ruidos una significación que no tenían. ¿Y qué sistema de refrigeración emplean?

—Unos tubos al vacío que pasan por esa pared.

—Claro… —dijo de pronto Bunsen, sintiendo un repentino alivio —. Ahora lo entiendo… Mi despacho da a esa pared.

—¿Es que el frío se ha filtrado en su casa?

—Sí. Al menos en una habitación.

—Oh… Entonces, si usted lo quiere, el doctor Gost estará dispuesto a indemnizarle…

—No, no… —Se apresuró a decir Bunsen con una extraña alegría—. No quiero ninguna indemnización. Al contrario, no sabe usted lo que me tranquiliza haberla oído. Esta mañana he pensado que empezaba a estar mal de la azotea, ¿sabe? Y ahora me doy cuenta de que no, de que todo tiene una explicación lógica. No me molesta el que esté aquí. Tener a un científico por vecino es algo a lo que estoy acostumbrado. Y ahora perdóneme, señorita… señorita… ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—No lo he dicho. Me llamo Greta.

—De acuerdo, señorita Greta. Si necesita algo llámeme. Suelo trabajar toda la noche.

Y se alejó.

Sentía unos violentos deseos de reír.

¡Y pensar que él había empezado a creer que estaba mal de la azotea! ¡Que a su edad empezaba a sufrir pesadillas!

Bunsen estuvo recogiendo datos en un par de bibliotecas de la capital federal, pero cuando regresó por la noche no lo hizo solo. Por pura casualidad había tropezado con dos viejos amigos de Londres y habían estado bebiendo juntos. Por pura casualidad también, los amigos de Londres sabían que estaba en Washington una amiga de Bunsen, profesora de griego, que había compartido con él una habitación en Oxford. Y, también por pura casualidad, la amiguita experta en griego estaba libre y no sabía con quién diablos pasar la aburrida noche.

Por eso llegaron los dos juntos a la casa de Bunsen.

No se veía apenas nada en la calle.

Pesaba sobre ésta una niebla densa y baja.

Las luces de las ventanas parecían flotar en algún lugar del Más Allá.

Mónica, que era la experta en griego —y en otras cosas— refunfuñó:

—Oye, esta calle parece un cementerio…

—No es demasiado alegre, la verdad —reconoció Bunsen—. Pero tampoco era alegre aquel sitio en que vivíamos en Oxford.

—Bueno… Pero era distinto. Esto es un asco, la verdad. ¿Dónde vives?

—Ahí.

Ella se estremeció.

—Oye, hace frío…

Era cierto. El frío parecía llegar de los sitios más insospechados. Brotaba de las ventanas, de las bocas de las alcantarillas, de los mismos árboles. No tenía sentido. Bunsen, pese a saber de qué se trataba, no pudo evitar de nuevo aquella violenta sensación de pesadilla.

Abrió la puerta.

Y en seguida tuvo la sensación de que el frío se había enseñoreado totalmente de la casa. No tenía sentido. Cada vez menos. Era algo que brotaba de todas partes. No ya de la casa contigua, sino de los mismos muebles que poblaban las

habitaciones. El frío acechaba en las ventanas. Le aguardaba en lo alto de las escaleras.

Bunsen encendió la luz.

Y ésta no se encendió.

—Qué extraño… —dijo Mónica, a la que ya se le habían disipado todos los vapores del alcohol—. Es una avería, pero todas las casas de al lado tienen luz… Supongo que aquí habrá alguna vela.

—Sí —dijo Bunsen, más confundido cada vez—. Creo que por aquí hay una.

—En fin, no te molestes en buscarla. Lo que vamos a hacer también lo podemos hacer a oscuras…

—Es distinto.

Bunsen encontró la vela al fin. Repasó los plomos y vio que estaban intactos. No lo entendía. Con la vela fue hacia su despacho, en el cual el frío había llegado a hacerse atroz, penetrante, casi intolerable.

La chica dijo:

—Oye, tú, esto es de alivio. Si lo sé nos quedamos en mi hotel… ¿De veras has repasado los plomos bien?

—Estoy seguro de que sí.

—Déjame probar a mí. Todos esos pelmas que os dedicáis a estudiar a Carlomagno no entendéis nada de las cosas modernas.

Y se fue con la vela.

Bunsen quedó a oscuras.

Sólo la luz de la calle penetraba por la ventana como una cosa irreal. Porque era una luz amarilla y como tragada por la niebla baja.

Pero aquella claridad le bastó para darse cuenta de que uno de sus viejos libros estaba abierto por un sitio distinto del de la mañana. Él lo había dejado por los Sigmaringen, que eran una de las más ancestrales familias europeas. Y ahora estaba abierto por un nombre inquietante: por los Frankenstein.

Bunsen tuvo un estremecimiento.

Era absurdo.

Cerró el libro con la sensación de que la pesadilla volvía.

Oyó entonces pasos.

Y la luz irreal casi le sobresaltó.

Mónica volvía.

—Eh… —dijo sosteniendo el cabo de la vela—. No tiene sentido, chico, porque los plomos están bien. Oye… y además podías habérmelo dicho.

—Yo no sabía que iba a ocurrir eso, Mónica.

—No me refiero a la luz. Me refiero a que podías haberme explicado que1 no estaríamos solos esta noche.

Él alzó la cabeza.

—¿Que no… estaríamos solos? —farfulló.

—Hay un tío en la sala.

—¿Queeeeeé?

—En fin, supongo que es un tío. Le he visto a través de los cristales esmerilados. Se marcaba su silueta mientras estaba sentado en una de las butacas. ¡Pero, chico, qué fulano tan grande…! Sentado en la butaca parecía estar de pie.

Bunsen sintió que se le contraía la garganta.

—¿Dices que hay alguien abajo? —susurró.

—Sí. En la sala.

—Y…, ¿no le has preguntado quién era?

—Chico, es que a través de los cristales esmerilados se le veía tan quieto… Causaba impresión. ¡Y tan vestido de negro y con la cara tan blanca…! Bueno, eso era lo que parecía, al menos. Por si tú no te acordabas de que tenías a alguien esperando abajo he subido a toda prisa a decírtelo. Además…, ¿bueno, por qué negarlo? Aquel fulano me daba un poco de miedo.

Bunsen sintió que se le contraía la garganta cada vez más. La respiración se le hacía difícil.

—A mí no me esperaba nadie —dijo.

—Pues, entonces, tienes que… averiguar quién es.

—Voy a hacerlo —dijo él con un gesto ce repentina decisión—. Dame la vela.

—Oye, ¿y voy a quedarme aquí sola y encima a oscuras? ¿Estás loco?

—No te va a ocurrir nada si te encierras en esta habitación. Yo subiré en seguida. Sobre todo, no abras hasta que yo llame. Permanece tranquila…, Mira, éste es el pasador. Nadie puede entrar si tú no abres.

Ella asintió.

Pensaba que quizá era mejor así. En aquel despacho se sentía más segura, y en caso de que todo fuera mal, siempre le quedaba el recurso de arrojarse por la ventana. Estaba sólo en un primer piso.

—Chico, ¡quién hubiera imaginado esto! —farfulló, tratando de sobreponerse.

Y corrió el pasador de la puerta.

El silencio la envolvió.

Y la envolvió también una oscuridad casi compacta, sólo rota por el halo de luz amarilla que llegaba desde la ventana.

Miró detrás suyo.

Y vio el gran despacho lleno de libros, de apuntes, de fichas sueltas, pero donde había otra puerta además de la que acababa de cerrar. Una segunda puerta que sin duda Bunsen no había recordado.

Y que también tenía los cristales esmerilados.

Tras ellos se veía la enorme figura.

El traje muy negro.

La cara muy blanca.

Pero ahora no estaba quieta.

Ahora avanzaba hacia allí.

Dos manos enormes, inmensas, se hicieron visibles a través de los cristales esmerilados, mientras avanzaban hacia el pasador de la puerta.

Ésta se abrió poco a poco.

Y Mónica lanzó entonces un grito lacerante, angustioso, que rebotó en las paredes, que llegó hasta las entrañas de aquella casa gélida.

CAPÍTULO VII

Bunsen lo oyó desde abajo.

Todo su cuerpo sufrió una brutal sacudida. La sensación de irrealidad le envolvió de nuevo. Fue hacia las escaleras mientras oía como si toda la casa se hundiese, como si hubiera arriba una máquina trituradora que estaba machacando algo, destruyendo algo, aniquilando algo…

Algo que podía ser un cuerpo humano…

Oyó chillar de nuevo a Mónica. Pero ahora el grito ya fue más ahogado, más lento, como si de pronto no le quedaran fuerzas.

A Bunsen las piernas le pesaban como si fueran de plomo. Sentía miedo, pero eso no le impidió subir. Llegó arriba mientras el frío se iba haciendo más atroz, más penetrante, mientras envolvía sus huesos igual que una masa viscosa.

Abrió la puerta del despacho.

Y la vio.

Mónica.

Lo que quedaba de Mónica.

La sangre.

La visión del infierno.

La figura enorme.

El traje muy negro.

Las manos muy blancas.

Bunsen lanzó un gemido gutural mientras se quedaba allí, paralizado, sin fuerzas, sin aliento, sin alma.

Desesperadamente había tratado de dar media vuelta.

Quiso huir.

Las zarpas cayeron sobre él.

Y también algo que no supo lo que era.

Vio unas manchas rojas.

Su sangre.

Pero no supo que lo era. Curiosamente, apenas sintió dolor. El horror anulaba todas las demás sensaciones. Lo que estaba ocurriendo con su alma era tan atroz que no sentía lo que estaba ocurriendo con su cuerpo.

Más manchas rojas en las paredes.

Y la ventana.

La ventana que se acercaba.

Bunsen hizo un último y patético esfuerzo para saltar hacia allí, para huir de una vez. PARA HUIR.

No lo consiguió. De pronto pareció como si la mitad de su cuerpo se separara de la otra mitad. El dolor, esta vez, fue inhumano. El grito de Bunsen llenó la calle. Los ojos se le salieron de las órbitas, PESE A QUE YA ERAN INCAPACES DE VER.

Y cayó al suelo junto a lo que quedaba de Mónica. Todos los ruidos cesaron. El silencio se fue haciendo pastoso. La casa, más helada cada vez, adquirió esa calma solemne de las tumbas.

Por las ventanas siguió penetrando, suave y mortecina, la luz amarilla.

Capítulo VIII

El hombre que manejaba la excavadora en la parte posterior de aquella calle tranquila vio acercarse el coche negro y pensó: «Vaya, los de la funeraria».

Desvió la mirada porque estaba seguro de que aquel coche le iba a dar mala suerte durante todo el día.

Pero no, no eran los de la funeraria. Del vehículo negro descendieron dos hombres altos, delgados, que pasearon una mirada circular en torno suyo. Uno de ellos era ya mayor, pues debía estar cerca de la edad de jubilación, pero se mantenía fuerte y erguido. Su mirada era dura y astuta. Recordaba la de un administrador que tiene demasiadas cosas que defender, o tal vez la de un obispo anglicano en una diócesis rica y culta.

Reforzaba esa curiosa impresión el hecho de que llevaba visiblemente una cadena de medalla de la que colgaba una cruz, aunque, por supuesto, no se trataba de ningún sacerdote.

El otro hombre era mucho más joven. Debía rondar los treinta. Y si el primero tenía una cierta apariencia de obispo de diócesis rica, el segundo tenía aspecto de capitán de un equipo de *rugby* pobre. Sus hombros eran anchos y cuadrados, sus brazos largos y musculosos, sus piernas flexibles y potentes. Pese a la severidad de sus ropas —pues iba vestido de negro como el otro— se adivinaba instintivamente que entre los dos no había demasiadas cosas en común, salvo la preocupación que en aquellos momentos sentían. Porque eso sí, la preocupación era la misma.

El más viejo preguntó al apearse:

—¿Qué pasa allí, Slim?

Señalaba con la mirada la gran máquina excavadora-elevadora que se movía perezosamente en el hoyo, produciendo en el vecindario un runnnnn-ruuuunnnn pesado, pero algo somnoliento.

—Una máquina de uso múltiple —dijo Slim, el más joven—. Me he informado antes. Sirve como excavadora, como elevadora y como fuerza de compresión para derribar paredes. Van a edificar una casa nueva en ese hoyo.

—Lástima. Esta vecindad tiene una cierta armonía que no conviene que se estropee. Y es tranquila.

—Lo era hasta ayer, señor Tucker.

Tucker llevaba también un anillo violeta parecido al de un obispo. Sus ojos entornados se posaron en todo aquello como si analizaran cada rincón, cada ventana, cada hoja de cada árbol. Al fin preguntó:

—¿Es allí?

—Sí. Donde está aquel policía.

Los dos hombres avanzaron sorteando los coches patrulla mal aparcados, la ambulancia que llevaba allí horas y hasta el coche del forense que tenía color de miembro humano acabado de arrancar. Las flores despedían un intenso olor a vida, a plenitud, y en definitiva, olor a primavera. La casa estaba allí, sin embargo, como un monumento fúnebre y extraño, como un monumento al Mal.

Los dos pasaron ante el agente que montaba guardia en la puerta, vigilando que no se acercara ningún curioso. Los de la prensa ya habían estado allí una hora antes, pero con cierta indiferencia, creyendo que se trataba de un crimen pasional. Ahora no aparecía ninguno de ellos, alguien había conseguido sacárselos de encima dándoles una pista falsa.

Slim quedó horrorizado al ver los dos cuerpos. Su trabajo en la Brigada de Homicidios de Nueva York le había permitido ver tipos degollados, mujeres gaseadas, tipos defenestrados, mujeres abiertas en canal, tipos envenenados, mujeres colgadas, tipos planchados por las apisonadoras, mujeres violadas en un callejón y luego desangradas en silencio. Todos aquellos horrores habían dejado una huella profunda en él, pero nada podía compararse a esto. Desde que estaba en la Brigada de Homicidios de Washington, había visto crímenes más finos y quizá por ello había perdido un poco la costumbre de la sangre. Ahora esa costumbre volvió a él como un golpe en pleno rostro. Slim se dio cuenta con angustia de que había sensaciones que no tendría más remedio que conservar durante toda su maldita vida.

Tucker acarició la cruz que colgaba de su cuello.

Seguía pareciendo un obispo.

Y quizá haya llegado el momento de decir de nuevo que no lo era, pero tenía algo que ver con los obispos, con los confesores, con todos esos seres que participan del dolor ajeno y por lo tanto se mueven un poco entre las sombras. Quizá haya llegado el momento de decir que Tucker tenía el cargo más extraño de toda la plantilla de policía de Washington. Era el especialista en crímenes demoníacos.

Quizá alguien piense que eso es una tontería.

Y no, no lo es.

En Estados Unidos se ha puesto de moda el satanismo. Quizá porque la gente está tan harta de cosas materiales, tan envuelta por ellas, que busca la liberación en una serie de fuerzas ocultas más o menos confesables. Y el satanismo ha llegado también al mundo del crimen. El número de asesinatos rituales que se cometen en el país resulta asombroso. Los Manson y su siniestro clan de California no han sido más que unos aprendices, unos precursores, unos pioneros. Sharon Tate no fue más que una especie de ensayo general para una época nueva y más negra. Para la época cargada de sombras inexplicables en que todos, nos guste o no, nos estamos moviendo ahora.

Y por eso la policía había tenido que contratar también a algunos especialistas. Gentes que supieran el porqué de las sectas; el porqué de los ritos el porqué de las invocaciones sangrientas a Satán y a otras fuerzas innombrables. Tucker era uno de esos hombres que parecen flotar en el vacío, que se mueven siempre entre la religión habitual y la prohibida entre la realidad y la pesadilla.

Era Slim quien le había hecho venir.

Y Fue Slim quien susurró:

—Me parece que no va a hacer falta Tucker.

—¿Por qué?

—Esto no es un asesinato ritual.

—Cierto, ya lo veo.

—Pero tampoco lo entiendo —siguió diciendo Slim como si hablara consigo mismo—. Si no es un asesinato ritual, ¿qué sentido tiene? ¿Por qué esos destrozos? Jamás podré entender por qué han

dejado los cadáveres así ni qué maldita fuerza demoníaca ha podido hacer eso.

—Por supuesto, no era una fuerza humana —dijo Tucker.

—Pues, entonces, ¿quién lo ha hecho?

—Yo diría que una bestia.

Slim rió silenciosamente, pero sin ganas, con una especie de mueca amarga.

—No hay bestias en Washington. No hay leones sueltos ni tigres de Bengala que se cuelen por las ventanas.

—Existe un viejo relato de Poe —musitó Tucker pensativa—: Los crímenes de la calle de la Morgue. Todo el mundo andaba loco en París pensando quién podía haber dejado los cadáveres de aquella manera y resultaba que era un gorila.

—Tampoco hay gorilas en Washington… —susurró Slim—. Y los tiempos de Poe ya han pasado; todo aquello parece como si no hubiera existido nunca.

Miró con más atención los dos cadáveres, aunque todo aquello le removía el estómago. Uno de ellos, el del hombre, estaba prácticamente partido por la mitad. Recordaba las escenas de descuartizamiento que aún flotaban en viejas estampas de los museos del horror. En cuanto a la mujer, había tenido un poco más de suerte, pero también estaba triturada. Y uno se preguntaba qué fuerza humana —o sobrehumana— podía haber hecho aquello.

Los ojos de Slim fueron entonces hacia los libros que había en el despacho. Todos ellos eran de consulta y se referían a familias europeas. Un voluminoso original mecanografiado descansaba sobre la mesa, pero de él faltaban algunas páginas. Habían sido arrancadas bruscamente por alguien, a toda prisa.

—Es la primera pista —dijo el joven detective—. Ya me he informado antes de que Bunsen, el muerto, estaba escribiendo una historia de las viejas familias europeas que un día emigraron a América y se hicieron poderosas aquí. Algunos datos de una de esas familias molestaban a alguien, molestaban al asesino, y por eso ha arrancado las páginas del original en que estaban escritos. Pero ¿cuáles eran esos datos? ¿A qué familia se referían? Me temo que será casi imposible saberlo.

—Se puede saber, más o menos, a qué nombre corresponden, si el libro sigue un orden alfabético —sugirió Tucker.

—No, no veo que siga ningún orden, porque al lado de los Kennedy, están los Vanderbilt. Pero al menos ya sabemos cuál fue el móvil. No fue un crimen salvaje e inútil; fue algo perfectamente calculado y que tenía una razón.

—¿Y la mujer? ¿Por qué estaba aquí ella? —musitó Tucker.

—Me he informado de eso también antes de venir, con los datos que me iban llegando. Parece que era una profesora de griego que enseñaba en Oxford. Allí se hizo amiga de Bunsen y ambos compartieron la misma habitación. Parece que se encontraron casualmente en Washington y él la trajo consigo por esa sola razón: porque, eran amigos.

Tucker miró silenciosamente el libro de las páginas arrancadas.

Se daba cuenta de que no hacía falta allí.

No había nada de su especialidad. No se había cometido en la casa ningún crimen demoníaco, el asesinato ritual de una secta. Era algo monstruoso pero que al mismo tiempo tenía lógica. ¿Qué lógica? ¿Dónde había que buscar allí las oscuras raíces del mal?

Se estremeció bruscamente.

—Hace frío —dijo.

—Sí —confirmó Slim—, un frío que no tiene sentido. Si en la calle hace hasta casi calor, ¿a qué demonios viene esta sensación de hielo en la casa?

Y miró en torno suyo. No, aquello no tenía sentido. De modo que encendió un cigarrillo, dejó que sus sentidos le orientaran en lugar de orientarle sus pensamientos (exactamente como hubiera hecho un animal) y se fue acercando a la pared del fondo.

—¿Quién fue el que dio la alarma, sargento? —preguntó a un fulano que se esforzaba en recomponer como un rompecabezas los miembros destrozados de la chica.

—Los vecinos. Algunos oyeron los gritos y el ruido de los muebles al caer. Fue un escultor llamado Pott el que telefoneó a la patrulla volante. Estaba trabajando a esa hora y lo oyó todo como si ocurriera en su propia casa.

—¿Las víctimas pronunciaron algún nombre?

—No, pero el denunciante sacó una conclusión: la de que estaban aterrorizados y eran incapaces de defenderse. Pero no se trataba sólo del lógico miedo a morir. Era algo más, mucho más. Algo que quizá para muchos seres humanos no tenga sentido.

El sargento calló. A su manera, pese a toda su experiencia, él tenía miedo también. Pero si calló fue porque tuvo la brusca sensación de que Slim no le escuchaba. De que Slim acababa de encontrar algo que había dejado a su instinto la misión de buscar. Ahora palpaba la pared del fondo silenciosamente.

—El frío viene de aquí —dijo—. Y es un frío tan normal que no tiene sentido. Iré a la casa de al lado. Ah…

El sargento levantó la cabeza.

—¿Qué, teniente Slim?

—Alguien cortó la luz antes de la matanza. Los cables que van hasta el contador están seccionados. El que lo hizo también sabía qué era lo que estaba consiguiendo. Y lo más curioso… SE TRATABA DE UN TIPO CAPAZ DE VER EN LA OSCURIDAD.

Salió de allí.

Tucker se estaba acariciando la cruz.

Ya no le servía de nada su apariencia de obispo.

Satán estaba lejos.

¿O quizá muy cerca?

¿Quizá estaba tan cerca que les rozaba con sus alas a todos…?

El cigarrillo cayó de los labios de Slim mientras descendía pesadamente por las escaleras, casi como hubiera descendido un borracho.

CAPÍTULO IX

Tuvo un encuentro estimulante.

Vio el muerto.

Buen principio, no cabía duda.

Parecía como si aquel barrio tranquilo de Washington se hubiera convertido en un cementerio. No en vano estaba cerca de Arlington.

Slim siguió avanzando.

Se preguntó cómo era posible que los de la Brigada Volante no hubieran notado nada extraño allí. El frío le llegaba hasta los huesos. Se había metido en una especie de nevera monstruosa. Abrió una puerta.

Y vio la sala.

La luz amarilla.

Los cadáveres que le miraban desde el Más Allá.

Los dos apoyados en la pared, rígidos como troncos, un poco inclinados hacia atrás, con los párpados entornados. Cualquiera hubiese dicho que en sus ojos vidriosos palpitaba aún una chispita de vida.

El frío se hacía cada vez más y más insoportable.

Slim abrió otra puerta.

El frío…

Bueno, la chica que estaba allí no parecía notarlo.

Podía decirse que llevaba muy poquita cosa. Braguitas, medias y sujetadores… Se estaba poniendo un vestido por la cabeza. Eso le impidió ver a Slim y la impidió darse cuenta de la exhibición portentosa qué estaba haciendo. Cuando pudo volver a la realidad cuando pudo mirar de nuevo frente a sí, oyó los aplausos. Slim estaba aplaudiendo la exhibición. Ni en los mejores espectáculos de *burlesque* de Washington se veían piernas como aquéllas.

La chica se bajó la falda.

Barbotó:

—¿Quién es usted?

—Teniente Slim, de la Brigada de Homicidios.

—¿Y por qué me aplaude?

—Porque es usted la única cosa viva que he visto en esta tierra de muertos.

La chica se dejó caer en una de las butacas. Parecía cansada, abatida, como si de pronto sintiera también aquel frío hasta la médula de los huesos. Y sin embargo…, ¡qué hermosa era! ¡Qué sensación de vida daba, pese a habitar en aquella especie de imperio del Más Allá!

—¿Cómo se llama usted? —susurró Slim.

—Greta.

—¿Sabe lo que ha ocurrido en la casa contigua?

—Sí. ¿Cómo no iba a saberlo? Desde anoche no han hecho más que pasar policías, aunque hasta ahora ninguno había entrado aquí.

Slim chascó los dedos.

—¿Había visto a Bunsen?

—Sí. Hablé con él ayer.

—¿Y a su amiga?

—No, a ella, no. Solamente los vi pasar anoche. Fue unos quince minutos antes de que empezaran los terribles gritos.

—¿De qué habló con Bunsen?

Greta se puso un echarpe sobre los hombros. De pronto notaba aquel frío atroz que antes había parecido no notar. Mientras miraba fijamente a Slim susurró:

—Él llegó a ver uno de los muertos que había junto a la puerta. Se extrañó y me hizo algunas preguntas. Eso fue todo.

—Cualquiera se extrañaría al ver a tantos muertos de pie —dijo Slim, simulando una indiferencia que estaba lejos de sentir—. ¿Qué pasa? ¿Están congelados?

—No. Simplemente mantienen la temperatura, aunque en caso de permanecer algunas horas más así empezarían a descomponerse. Supongo que mañana mismo, estará lista la nevera.

—¿La nevera?

—Sí. Se emplea para eso un fuerte compresor que crea el vacío. Hay en ella hasta doce departamentos en cada uno de los cuales cabe un cadáver. Viene a ser algo así como los enormes frigoríficos

que hay en la Morgue, aunque a escala mucho más reducida.

—Pero esto no es la Morgue. ¿De qué se trata? ¿De un negocio?

—Oh, no… Se trata de una especie de laboratorio experimental del doctor Gost. Fue eso precisamente lo que expliqué a Bunsen cuando estaba vivo. El doctor Gost estudia la conservación de los tejidos humanos después de la muerte. Buscaba un barrio tranquilo para instalarse y al fin se ha decidido por éste, pero lo ha hecho con todas las licencias sanitarias. Puedo mostrárselas.

—No hace falta, por ahora. ¿Dónde está Gost?

—Vendrá mañana. Yo soy la encargada general de todo esto.

—Pues vaya oficio… ¿No le dan miedo los muertos?

—¿Por qué habían de darme miedo? Estoy acostumbrada a ellos. Soy embalsamadora de cadáveres y profesora auxiliar de Anatomía. Entiendo de cuerpos humanos por dentro más que de cuerpos humanos por fuera.

Y contempló a Slim como si se preguntase qué efecto haría en la sala de autopsias. Slim se sintió vagamente incómodo. Le fastidiaba que las mujeres le desnudaran con los ojos, pero más aún que le desnudaran para abrirle de arriba abajo. Quizá era un hombre anticuado, pero pensaba que las mujeres deben mirar de otra forma.

—¿Vio usted salir a alguien? —preguntó secamente.

—No, a nadie.

—¿Oyó algún ruido peculiar, aparte de los gritos?

—No sabría decirlo. El compresor instalado en esta casa hace un cierto ruido al funcionar. Pero, aparte de eso y los gritos, capté algunos ruidos metálicos. No sabría explicarlo. Era como el ruido de ventanas que se abren de golpe y de mecanismos que crujen.

Slim hizo un gesto de duda.

Nada de aquello tenía sentido.

—Espero que no se largará de la ciudad —murmuró.

—¿Cómo voy a hacerlo? —Preguntó Greta—. No puedo. Me gano la vida aquí.

Y se desentendió de él. Miraba con expresión quieta a los muertos. Slim se preguntó hasta qué punto formaba ella parte de aquel mundo, hasta qué punto era también una pieza esencial en aquel Museo de los Horrores.

Salió mientras decía nostálgicamente, como si se despidiera de ellas para siempre:

—Lástima de piernas…

CAPÍTULO X

Allí estaba la primera parte del enigma, allí estaba lo que él tenía que empezar a entender.

Su apartamento no era demasiado rico. Situado cerca de la Cuarta Avenida, de Washington, parecía en algunos aspectos el de un estudiante adelantado de la Universidad de Harvard. Muchos libros en los estantes, un par de guantes que fueron los últimos que usó Slim en un combate de aficionados, unos trofeos deportivos, unos recuerdos personales de viajes. Nada que recordara la mano de una mujer, nada que rompiera aquella especie de soledad de misógino.

Además llovía sobre Washington. La tarde tenía una tristeza especial. La lluvia resbalaba por los cristales creando una atmósfera íntima que al mismo tiempo era opresiva, una atmósfera donde todos los cuadros parecían ser de color gris, donde todas las imágenes parecían desvanecerse.

Slim miró el original mecanografiado hallado en la mesa de Bunsen: el que narraba la historia de algunas de las grandes familias europeas trasplantadas a América.

Allí estaba el único error del asesino, si es que verdaderamente había un asesino. Debió haberse llevado todo el libro en lugar de arrancar unas páginas. Probablemente, debido al nerviosismo del momento, había pensado que con llevarse las páginas que le interesaban era suficiente.

Todos los asesinos cometen un error. Unas veces es sencillo descubrirlo; otras no, pero siempre lo cometen. En este caso el error estaba a la vista, aunque resultaba muy difícil ahondar en él. Porque, ¿a qué familia se referían aquellas páginas? Sólo el propio autor podía explicarlo, y el autor estaba muerto. Probablemente por esa causa el asesino había pensado que, con llevarse las hojas, ya

había bastante.

Slim examinó el texto.

De nuevo procuró ver si existía algún indicio de orden alfabético, por si aquello podía darle una pista. Pero no, no lo había. Entonces empezó a examinar el original página por página.

Notó que Bunsen estaba efectuando un buen trabajo, cuando EL PODER INVISIBLE acabó con él.

Datos totales de las grandes familias europeas. Situación económica de todas ellas. Bienes familiares. Líos sentimentales. Disensiones. Pleitos. Todo un historial de la vieja Europa y de la joven América, a través de unos cuantos apellidos, desfilaba por aquellas páginas. El pobre Bunsen, no cabía duda, era un profesor experto y consciente. Había trabajado duro. Y había adivinado algo muy importante, algo quizá definitivo, puesto que eso originó su muerte.

Slim había leído la mitad del texto, aproximadamente, cuando llamaron a la puerta.

Fue a abrir.

Y vio otra vez las fantásticas piernas.

Faldita corta.

Zapatos atrevidos.

Figura torneada sobre las caderas opulentas.

—Me habían asegurado que vivía aquí —dijo Greta, entrando suavemente—. Espero que no le moleste.

Y se quitó el impermeable empapado. La faldita pareció hacerse más corta aún, más atrevida. La chica se dejó caer en un diván. Slim pensó que era una lástima que aquellas manos se dedicaran a dar masaje a los muertos.

—¿Por qué? —susurró.

—No sé. Quizá porque todo esto me asusta tanto como a usted.

—¿Cigarrillos?

—¿Son ingleses? Sí, está bien. Gracias.

El humo subía hasta el techo como una caricia íntima, pero también como una extraña amenaza. Se notaba que la chica estaba allí por una sencilla razón: porque tenía miedo. Aquél era un modo de buscar la protección de la policía sin confesarlo. De un modo personal, allí se sentía más segura que en cualquier otro sitio de Washington.

Claro que también podía haber ido allí a ver qué sabía Slim. Su posición no dejaba de ser ambigua.

—No puedo evitarlo —murmuró—. He estado pensando horas y horas en aquellos chirridos metálicos.

—¿Ha podido identificarlos?

—No, no lo he conseguido.

—¿Una máquina? —sugirió Slim.

—No. Más bien… Un organismo articulado que avanzase hacia un sitio preciso. No quiero ni pensarlo.

Slim tampoco quería pensarlo. Pero lo dijo.

—¿Un robot? —musitó.

—Tal vez. Pero en todo caso, un robot con aspecto, humano, es decir, que pudiera moverse por las calles y orientarse en las habitaciones. Es eso lo que me da miedo. Cada vez que pienso que estuve tan cerca, siento como si todo diera vueltas en torno mío.

Slim le sirvió un poco de licor. Se sentía bien allí con la chica, aunque ella fuese, al fin y al cabo, una sospechosa. Notaba que el ambiente de la habitación había cambiado. Ahora el humo que se elevaba hasta el techo era definitivamente como una caricia.

Volvió a mirar las páginas del libro, que estaba por terminar. Y entonces lo vio. Entonces se dio cuenta de que el asesino había cometido un error de verdad, por la sencilla razón de que no conocía todo el texto. Llevándose las páginas, pensaba haber borrado toda referencia a lo que había en ellas. Pero no era verdad.

Leyó:

> «La familia de los Hohenzollerm nos entronca con la extraña familia de los Frankenstein, que se extendía por Austria y por la zona de los Balcanes Como veremos al final de este capítulo, eran inmensamente ricos y habían sabido distribuir bien su fortuna. Pero sigamos de momento con los Hohenzollerm».

Slim pasó ansiosamente unas páginas.

Miró al final del capítulo.

Y allí estaba la parte que faltaba. Allí estaba la parte que por fuerza debía referirse… ¡a los Frankenstein!

Sus dedos temblaron un momento.

Todo aquello era como volver un poco a las viejas raíces de lo sobrenatural. A los viejos temores de las tardes lívidas, de aquellas noches que no terminaban nunca en las que se deslizó su infancia.

—Bueno, ya sabemos algo —dijo al fin, intentando borrar aquellos recuerdos—. Los Frankenstein… Pero los Frankenstein ya no existen, que yo sepa. O quizá sí que existen, puesto que el libro hablaba de ellos. A ver…

Buscó en la guía telefónica de la ciudad de Washington.

Nada.

Ya se había olvidado incluso de que Greta estaba allí. De que ella, en cierto modo, podía ser una enemiga.

Telefoneó a la oficina de información para que le dieran datos sobre Filadelfia. Tampoco nada. La perspectiva de tener que revisar ciudad por ciudad de Estados Unidos resultaba apabullante.

Por fin dio con una solución rápida: los pasaportes: Si algún Frankenstein residente en Estados Unidos había solicitado pasaporte alguna vez, cosa muy normal, sus datos estarían registrados en la oficina central. Y, en efecto, allí le dieron los informes que necesitaba.

—Es un apellido muy raro… Similares a él, como por ejemplo Frankenstoiner o Frankenshofem, hay bastantes, pero Frankenstein sólo cuatro. Mejor dicho, sólo tres: uno de ellos ya murió, sin hijos, hace unos tres años.

—Deme los que viven.

—Ahí están. Úrsula Frankenstein. Vive en Nueva York, 519 de Riverside Drive. Por lo menos, ésa es la dirección que figura en la solicitud de pasaporte.

Slim anotó los datos.

—Otro —pidió.

—Ludmilla Frankenstein. Está en Washington, en Wildmore Grove 76.

—Conozco la zona. Es lujosa. ¿Qué más?

—Annabella Frankenstein, también en Washington. Ulmer Street, 15.

—Vaya… La zona es más lujosa que la primera. De acuerdo. Todos los datos que me ha dado son muy buenos. Gracias.

Colgó.

Al menos, ya sabía por dónde empezar.

Greta le miraba fijamente.

—¿Puedo acompañarte? —musitó.

—Lo siento. No es asunto tuyo, Greta.

—Te equivocas. En cierto modo lo es.

—¿Por el simple hecho de que tú estuviste cerca del lugar del crimen? ¿Porque horas antes habías hablado con Bunsen, la víctima?

—No, por eso no. Hay algo más.

—¿Qué?

—Al doctor Gost le había dado dinero para sus experimentos una persona. Fue ella la que realmente financió la instalación de esa casa con su costoso equipo de frío artificial. No creas que eso se consigue con cuatro dólares.

—Lo doy por supuesto. Pero ¿quién lo hizo?

—Una de las personas que tú has anotado en ese papel. No he oído lo que hablabas, pero tengo buena vista y he podido ver lo que escribías. Se trata de uno de esos nombres: Ludmilla Frankenstein.

Slim se estremeció.

Ya había más piezas que encajaban.

Pero todo seguía siendo extraño, confuso. Todo era como una larga pesadilla en la que se mezclaban los viejos recuerdos, los viejos horrores de su infancia.

Bisbiseó:

—¿Tú la conoces?

—La vi una vez en su casa de Wildmore Grove. Acompañaba al doctor Gost. Estuvimos sólo unos diez minutos.

—Entonces, ven conmigo —decidió Slim—. No te niego que quiero observar la reacción de esa mujer al encontrarse contigo otra vez. Vamos.

Subieron los dos al «Mustang» de Slim. Era un fantástico «Mach I» de color rojo. Su único vicio; un único vicio costoso y en el que no quería volver a caer, pese a que cada año salían nuevos y más tentadores modelos al mercado.

Ella se sentó a su lado.

La exhibición de piernas.

Los labios entreabiertos.

Al diablo con el horror. Al diablo con la muerte.

Donde haya un buen par de estupendas extremidades que se

toquen, ya pueden irse al infierno todos los delgados fantasmas que no se tocan.

Slim murmuró:

—Andando.

Condujo a buena velocidad hacia la zona de los privilegiados de la fortuna, hacia el sector elegante de los que lo tenían todo. El «Mach I» se metió en el mundo cerrado de Wildmore Grove.

* * *

Greta murmuró:

—Allí es.

Señalaba al final del sendero.

Los árboles centenarios.

La centenaria casa.

Hasta el aire parecía más viejo allí. Pese a los árboles, pese a la naturaleza casi virgen, había algo extraño y de fétido en aquel aire. Parecía el lanzado por los últimos suspiros de los muertos…

—¿No le han alquilado la casa? —preguntó pensativamente Slim.

—¿Para qué?

—Para alguna película de horror.

—No, no creo que lo hayan hecho nunca. Aunque, la verdad es que lo merece.

Todas las grandes mansiones antiguas tienen algo de tétrico, especialmente si están rodeadas por árboles centenarios que las cubren de sombras. Pero es que cuando aquélla fue edificada, al menos cien años atrás, ya era tétrica. Parecía arrastrar el macabro gusto de todas las generaciones de Frankenstein que habían existido en el mundo. Los Frankenstein, al fin y al cabo, desde que su nombre empezó a sonar, siempre estuvieron relacionados con la muerte.

Atravesaron la verja.

Estaba abierta.

Más allá había un sendero de hojas secas sobre las que las grandes ruedas producían un sonido crujiente, un poco siniestro.

La casa estaba silenciosa.

Hermética.

Parecía abandonada desde el principio de los tiempos.

—Yo diría que no hay nadie —dijo Greta, quedamente—. Es extraño.

—Para una casa así necesitará servidumbre —imaginó Slim.

—No, no la tiene. La vez que estuve aquí me di cuenta de que sólo vivía un criado con ella. Eso sí, era un hombre muy fuerte y capaz de defenderla. Tiraba muy bien. Parece que en Vietnam había sido condecorado o algo así. Y su habitación estaba llena de medallas y distintivos de tiro olímpico.

—¿Y la limpieza?

—La hacía una brigada de mujeres dos días por semana, pero no se quedaban a dormir. Ludmilla Frankenstein es muy rica. Con un hombre que la defienda en este lugar solitario, ya hay bastante.

—¿Es también su amante? —preguntó descaradamente Slim.

—¿Por qué cree eso?

—Si hay sirvientas para todo, ¿por qué no puede haber sirvientes para todo?

Greta se encogió de hombros.

—De acuerdo, puede que los haya, pero no era ése el caso de Ludmilla Frankenstein. Tengo la sensación de que es muy frígida. Los hombres no le interesan. Sólo le interesan sus recuerdos familiares y su dinero. Tiene muchas inversiones y se pasa el día controlándolas.

Slim chascó los dedos.

—Cualquiera diría que la casa está ahora abandonada —murmuró la muchacha.

—No, no lo está. Se oye ladrar a los perros.

Descendieron del «Mustang» y rodearon el viejo edificio. En efecto, en la parte posterior de éste había dos mastines. Dos auténticas fieras entrenadas para pelear y a las que debían dejar sueltas de noche. Pero ahora estaban sujetos y ladraban lastimeramente. Sin duda tenían hambre.

—Habrá que ocuparse de ellos —dijo pensativamente Slim—. Pero es extraño. Si los perros tienen hambre, ello indica que la casa está abandonada realmente.

Y fue hacia la puerta principal.

En efecto, allí había una notita. En ella se advertía: «Vuelvo en un par de horas. En caso de urgencia, telefonear al OC-29882».

Slim decidió:

—Vamos.

Llamó a la oficina de información de la Telefónica desde una cabina pública. Le indicaron que aquel número correspondía a una dirección de Sishone Street.

El «Mustang» rodó por las calles solitarias.

Calles que los vecinos iban dejando en busca de sitios más modernos, más acogedores. La hiedra cubría las viejas mansiones que ya no tenían comodidades, mansiones, además, imposibles de mantener con los precios actuales del servicio. La mayor parte de ellas se habían arruinado del todo al ser alquiladas por piezas a artistas bohemios, a parejas de homosexuales (hombres o mujeres), a fulanos incapaces de aguantar a su familia y a jefes más o menos crápulas que habían puesto un apartamento no a su secretaria, sino a las posaderas de su secretaria. Coches más o menos tronados se alineaban en las aceras. En uno de ellos se hacía el amor una pareja que ni siquiera se inmutó al ver pasar al «Mustang».

Sishone Street.

Sólo dos casas. Y más allá el bosque.

La que interesaba a Slim estaba cerrada, pero éste forzó la puerta con una llave falsa, pese a saber que con ello infringía la ley. Se encontró en un apartamento de dos habitaciones, una de las cuales era un comedor-sala. La otra un dormitorio. Pero las dos tenían un elemento común: estaban materialmente tapizadas de fotografías de señoritas ligeras de ropa.

O sin ropa.

Chicas del *Playboy*, chicas del *Penthouse*, chicas del *Lui*, chicas de revistas mucho más atrevidas, puesto que cambiaban de nombre cada vez que las prohibía la policía. Todas las técnicas sexuales estaban demostradas allí, empezando, lógicamente, por las más corrompidas, Greta palideció.

Ella estaba acostumbrada a tratar con muertos. Con vivos no.

—Márchate —dijo Slim.

—No. Todo esto forma parte del siniestro juego. Todo esto ha de interesarme a la fuerza.

Pasaron al dormitorio. Aquello era un picadero. La cosa estaba tan clara que no hacían falta comentarios: el vigilante de Ludmilla Frankenstein se aburría con una dama frígida, rodeada de viejos libros y de cupones de la Deuda Pública. Obligado a vivir en la

lujosa mansión, debía pasar muchas horas muerto de tedio. Y por eso, para sus días libres, tenía aquello. Era la otra cara de la medalla. Las mujeres, el desenfreno, lo que él creía la libertad. Seguro que allí recibía visitas.

Existía un retrato suyo sobre una consola. Y el tío tenía cara de cachondo bonachón. No debía ser una mala persona. Generalmente los que quieren a las mujeres vivas, quieren que todo el mundo esté vivo. Que todo el mundo esté gordito. Que esté dispuesto a tirar una cana al aire.

—No sé —musitó Slim—, pero me hace el efecto de que un fulano de esa clase no debía tener enemigos. Ni enemigas. Las que venían aquí ya sabían adonde entraban. No creo que se trajese ninguna doncellita diciendo que él era un chico candoroso y que se iban a casar la semana que viene.

Entró en el dormitorio.

Tropezó con la cama. Eso hizo que la apartara un poco, sin querer.

Y entonces lo vio.

La sangre.

La mano crispada que había aparecido entonces.

El fiambre estaba allí.

Lo habían colocado bajo la cama para que no fuera descubierto. Precaución tonta, porque alguien llamaría por fuerza a aquel teléfono, y al notar que no contestaban acudiría a la dirección que le darían en la Telefónica. La primera persona que acudiría allí sería la propia Ludmilla Frankenstein. ¡Valiente debía ser ella para pasar sin su protector una noche…!

Greta se había llevado las manos a la cara.

Estaba a punto de chillar.

—Una cuchillada por la espalda —dijo Slim, con acento fríamente profesional—. Ha sido a traición. Y por una persona de casi su misma estatura.

Se inclinó sobre el fiambre.

—No demasiada fuerza —dijo con el mismo acento helado—. Pero tampoco hacía falta. Le ha atravesado el corazón.

Fue hacia el teléfono.

Y tropezó con la pared. Sin darse cuenta arrancó un cartel en el que había una norteafricana. El texto decía mientras ella miraba al

lector: «Atraviésame, macho». Slim pensó: «Mala suerte». Y descolgó el teléfono.

Capítulo XI

El capitán Norton, jefe de la Brigada de Homicidios, decidió en seguida que entre todo aquello existía una relación. Bueno, no hacía falta haber llegado al capitán para eso. Pero movilizó la Brigada para buscar a Ludmilla Frankenstein y dio una orden tajante a Slim, uno de los segundos jefes de la Brigada: vigilar la casa.

Slim gruñó:

—¿Esa mujer no aparece?

—No, no sabemos dónde está —dijo Norton—. Y me empieza a dar algo en la nariz: es ella la que se ha cargado al tío.

—¿Por qué?

—El manso la llevó a la ratonera y quiso violarla. Entonces ella se lo cargó. Ludmilla es todavía joven. Y bonita.

—Narices, capitán. No la hubiera llevado a su ratonera para ultrajarla, teniendo un auténtico castillo para hacerlo. Y teniendo todos los días y todas las noches. Por otra parte, no hubiese dejado en la puerta, el muy imbécil, una nota para que cualquiera pudiera interrumpirles llamando por teléfono o presentándose en la casa. He comprobado la letra de la nota: era realmente de Fabre, el muerto.

El capitán masculló:

—De todos modos, esa mujer tiene que aparecer. Mientras la Brigada la busca por todas partes… ¡Usted vigile la casa!

—Lo haré yo solo. —Susurró Slim.

—¿Por qué?

—Porque no conviene llamar la atención. Cuando ella vuelva, ha de tener la sensación de que la mansión está como la ha dejado. Nada de líos. Si pone a más de un hombre allí, ella lo notará.

Norton gruñó:

—De acuerdo, usted. Pero usted será el responsable.

Slim colgó.

Fue al «Mustang».

Y se detuvo antes en un supermercado donde vendían comida enlatada para perros. Los dos mastines le habían dado lástima, y además convenía ganarse un poco su amistad, por lo que pudiera suceder. Al fin y al cabo, iba a estar solo en la casa durante toda la noche. Por lo tanto, dejó el «Mustang» lejos para no marcar huellas. Fue a pie sobre las hojas muertas y se acercó a los mastines.

Éstos ladraban furiosamente. Las cadenas estaban tensas hasta el límite. Causaba angustia verlos.

Al principio no aceptaron la comida, pues debían estar habituados a no aceptar nada de los extraños, pero luego su hambre pudo más que toda la educación recibida. Cuando hubieron dado cuenta del contenido de las latas, Slim penetró en la casa provisto de una autorización judicial y de una llave falsa.

Vio aquella especie de castillo.

El tiempo dormía en las salas enormes. En los aposentos vacíos. En las escaleras alfombradas por las que, durante días enteros, no debía subir ni bajar nadie.

Cuadros de antepasados.

Luces heladas.

Entre ellos, el famoso doctor Frankenstein, el creador del monstruo. Eso demostraba que no todo era leyenda allí. Al menos un sabio llamado Frankenstein, un investigador chiflado, había existido.

Slim lo siguió mirando todo atentamente.

Dormitorios antiguos, solemnes.

Armarios donde cabían docenas de muertos.

Pero ni una presencia humana.

Fue al mueble bar y se sirvió una copa dé «Chivas». La bebió en silencio mientras fumaba un cigarrillo. Luego apagó todas las luces de la casa.

Tenía que ser así.

Si Ludmilla volvía, había de hacerlo con la sensación de que no se encontraba absolutamente nadie en la vieja mansión donde vivía.

Sólo la luz de la luna entraba por las ventanas.

Había algo de angustioso en aquella claridad.

Algo de muerto y de solemne. Algo que poco a poco iba penetrando como una amenaza, una premonición.

Y de pronto aquella puerta.

Aquel chirrido leve.

El craaaaccccc de las viejas maderas que se movían, que vibraban con una presencia humana.

Slim chascó dos dedos.

Bueno, la pájara estaba allí.

O tal vez el monstruo.

El ser del Más Allá que partía los seres humanos en dos.

Slim, sintiendo que se le secaba la boca, se pegó a la pared lentamente.

CAPÍTULO XII

El sonido se repitió. Alguien se estaba moviendo en aquella misma planta, al nivel del primer piso, junto a la biblioteca. La vieja puerta volvió a crujir. Produjo un sonido amargo y lento, como un gemido humano.

Todos los nervios de Slim estaban en tensión.

No se preocupó de su arma. Lo que hiciera tenía que hacerlo con las manos. Aguardó con los músculos dispuestos para el salto.

Captó el ruido leve de los pasos que se acercaban.

Alguien avanzaba hacia allí.

Se movía con el sigilo de una bestia.

Iba a entrar en la habitación.

Y Slim ya casi se ponía de puntillas para saltar en cuanto la puerta se abriese, pero los pasos se detuvieron en el último segundo. Nadie entró allí. La persona o el monstruo se desviaron hacia la derecha.

Slim sentía el sudor frío en las sienes.

Recordaba los cuerpos despedazados de Bunsen y de Mónica. Tenía entre los ojos clavados aquel horror.

Pero avanzó hacia la puerta.

Fuese quien fuese el que estaba allí, se enfrentaría con él. Iba a ser una lucha a muerte, en la cual él tenía todas las desventajas. Pero no le importaba.

Ññññññeeeeeeeeec…

Empujó la puerta para salir. El sonido que él estaba produciendo al empujar la hoja de madera le pareció como producido por otra persona. Vio el pasillo envuelto en sombras.

Algo se movía más abajo.

Le pareció una forma vaporosa.

Estaba junto a las escaleras.

Slim pensó que ya había aguardado bastante. Fuese lo que fuese lo que tenía delante, tenía que atacar. Por lo tanto se lanzó.

Dos saltos felinos.

Los brazos que se lanzan hacia adelante…

Dos cuerpos que ruedan…

Y entonces se dio cuenta Slim de que, si todos los enemigos fuesen así, la gente se estaría peleando siempre. Porque había abrazado de pronto unas caderas opulentas. Había metido mano de pronto a unas piernas de campeonato. Había chocado de pronto con una boca acariciante que parecía una flor abierta.

Susurró:

—Greta…

Greta, mientras los dos rodaban sobre la alfombra, dijo casi sin voz:

—Por poco me liquidas…

—¿Qué diablos haces aquí?

—Una sola cosa: intentar saber algo. ¿Crees que podría vivir sabiendo que tengo tan cerca un enigma?

—¿Cómo has entrado en la casa?

—Ha sido muy sencillo. La puerta está sólo entornada. Y yo ya imaginaba que te encontrabas aquí, puesto que no aparecías por ninguna parte.

Slim se puso en pie y ayudó a ponerse en pie a la chica. Dejó de meter mano, lo cual fue realmente una lástima. Ella jadeaba.

—Has cometido un error, Greta —dijo él quedamente—. Imagina que llego a disparar.

—Estaba segura de que no lo harías. No eres de los que disparan primero y preguntan después.

—Perfecto. Pero ahora que lo has comprobado, lárgate.

—Creo que puedo serte de ayuda, Slim.

—Magnífico, y yo creo que te has equivocado. Y ahora que ya has hecho la obra de caridad del día, largo de aquí.

—No me has dejado terminar. Tú sólo no puedes vigilar la casa.

—¿Por qué no?

—Ha venido alguien. He visto un coche negro detenido en las cercanías del bosque. Y yo juraría que tenía alguna clase de relación con esta casa.

Slim arqueó una ceja. Sí, era más que posible que la dueña de la

mansión, Ludmilla Frankenstein, hubiese vuelto, pero tomando precauciones. Y en este sentido sí que creía que Greta podría serle útil.

—De acuerdo —dijo con voz queda—. Puedes vigilar desde aquí. Yo daré la vuelta por el otro lado de la casa.

Slim no podía saber que aquélla era la misma situación que se había producido antes del espantoso doble crimen de la casa de Bunsen: el hombre y la mujer se habían separado.

No, él no podía saberlo.

Greta susurró:

—¿Volverás aquí?

—Pues claro…, Apenas cinco minutos. Si notas algo que te llame la atención, grita. No vaciles en hacerlo. Yo acudiré en seguida.

Y se separaron.

Otra vez el silencio.

La claridad de la luna entrando por las ventanas que imitaban las ojivas góticas. Aquella especie de polvo plateado que flotaba en las habitaciones muertas.

Greta había contenido la respiración.

No captaba nada. Ni una presencia humana, ni un susurro, ni el crujido de un mueble, ni el roce de un insecto.

Contaba los minutos uno a uno, porque sabía que Slim había de volver. Ahora se estaba arrepintiendo de haber venido. Cuando se habían cumplido los cinco, no pudo soportar más y salió al pasillo ella también.

Además, acababa de oír un chasquido.

La puerta de una de las salas se movía levemente.

Slim tenía que estar allí.

La muchacha empujó aquella puerta.

Ññññeeeeeeec…

El sonido la sobresaltó. Parecía haber brotado del fondo de las entrañas de la casa.

Y vio la sala.

Estaba vacía.

Más allá estaba otra puerta, pero de cristales esmerilados.

También se movía.

Allí tenía que estar Slim.

La muchacha avanzó.

Y entonces, pese a la oscuridad, vio aquello a través de los cristales. Vio la figura enorme. Vio el traje muy negro. Vio la cara muy blanca.

Y las manos gigantescas.

¡Las manos que se tendían hacia el pomo de la puerta…!

La muchacha ignoraba que, hasta el momento, todos los que habían visto aquellas manos estaban muertos ya. La muchacha no sabía nada aún, pero presentía QUE AQUELLO ERA LA MUERTE. La puerta fue empujada.

Y entonces ella chilló.

Chilló con todas las fuerzas de sus nervios, de su vida.

Con todo el impulso de sus entrañas.

* * *

La puerta que ya se estaba abriendo se cerró bruscamente. Pero quizá no fue por el chillido alucinante de Greta. Seguro que fue también por algo más. Fue porque unos pasos rápidos se oían ya en las escaleras. Slim estaba llegando. Y su salto al oír a Greta fue de los que acreditaba a un hombre en los Juegos Olímpicos.

Derribó materialmente una de las puertas.

Se plantó en la sala.

La muchacha lo miraba con los ojos alucinados. Estaba apoyada en la pared. No se había movido de allí porque sus propias piernas eran incapaces de sostenerla. La puerta de cristales esmerilados oscilaba lentamente.

Sólo su Ñññññññec… Ñññeeeeeeec… rompía aquel alucinante silencio.

Slim comprendió muy bien dónde se concentraba el horror de la muchacha. Atravesó aquella puerta de cristales esmerilados. Vio la habitación.

Estaba vacía.

Ni la sombra de una presencia humana, ni el roce de una mosca.

—¿Quién estaba ahí? —bisbiseó.

—Una figura… e… norme…

Slim tragó saliva.

Sabía de quién se trataba. Al principio no había querido creerlo, pero ahora tenía que plegarse a la maldita realidad. El monstruo de Frankenstein volvía a palpitar otra vez entre los hombres.

—Parece como si lo hubiera pensado mejor al… al oírte llegar —balbució Greta.

—En el caso de que piense.

—Slim, estoy a… a… aterrori…

—No hace falta que me lo digas, Greta. Pero parece que en este momento no te acecha ningún peligro. En la casa no se oye nada.

—Antes no te he dicho que… que… leí algo que me estremeció.

—¿Cuándo?

—Esta tarde.

—¿Y a qué se refería?

—A un crimen cometido en… en Rumania. Las informaciones han tardado algo en filtrarse porque ya se sabe lo que ocurre con los países de la Europa oriental. Pero el corresponsal de la revista *Mistery* lo dijo. La información estaba titulada así: «¿OTRA VEZ UN CRIMEN DEL MONSTRUO FRANKENSTEIN?».

—Puede ser un título demasiado imaginario. ¿En qué se basaba?

—En las huellas enormes que aparecieron en la nieve… junto a un hombre despedazado. Ésa era una parte. Pero había otra: en la misma cabaña, al lado del cadáver del hombre había aparecido una mujer paralizada por el frío y el miedo. Su nombre era Úrsula Frankenstein.

—Úrsula Frankenstein.

—Eso es.

—Tengo algunos datos sobre ella —dijo él pensativamente—. Es la más joven de los que aún llevan ese apellido, y parece que no tiene demasiada fortuna personal, aunque vive bien. Los otros son ricos; ella se limita a ir viviendo, aunque con comodidades.

—¿Tenías idea de que había estado relacionada con ese crimen?

—No… Ahora es cuando lo he sabido. Y todo ello indica que el misterio es mucho más profundo de lo que parece. Que ha habido otras muertes además de la de Bunsen y aquella muchacha. Y que el nombre de Frankenstein, que al principio nos parecía una simple fantasía, está inmerso en ello. Igual que si nos moviéramos entre algo sobrenatural, entre algo que no puede existir, pero que existe.

—Claro que existe. Yo lo he visto.

Slim miró hacia la puerta del fondo de la habitación. Ahora que sabía de qué se trataba, se sentía mucho más tranquilo. Era curioso: no le importaba enfrentarse a uno de los peores monstruos que ha

creado la locura humana. Por lo menos sabía ya en qué terreno se estaba moviendo.

—¿Ha podido huir por allí? —murmuró.

—Bueno, si a eso se le llama huida… Yo diría que está acechando su momento para atacar. Y, en efecto, puede haber salido por allí.

—Vamos. Ahora ya no te dejaré sola.

Y atravesaron aquella puerta. Los dos lo hicieron con la sensación de que en cualquier momento iban a encontrarse con el horror mismo. Y era curioso que Slim no hubiera pensado aún en su arma reglamentaria, como si no la tuviese o como si supiera que no le iba a servir de nada absolutamente.

Vieron las escaleras vacías.

Captaron el silencio de nuevo.

Todo estaba en paz, como si lo de Greta hubiera sido simplemente una pesadilla. Pero no lo era. Ella estaba convencida de que… ¡lo había visto!

Slim alzó una mano. Por señas aconsejó más precaución aún. Estaban llegando a una puerta tras la que se oía un leve roce.

Él tomó una decisión. No le importaba lo que encontrara más allá.

Adquirió impulso. Se lanzó en tromba contra aquella puerta. Casi la derribó con su tremendo impulso de jugador de *rugby*.

Y otra vez tuvo una sensación equívoca.

Pero que valía la pena.

Una sensación hecha de sedas.

De carne prieta y joven.

De labios palpitantes.

La mujer y él rodaron por la gruesa alfombra.

Era una chica muy llenita.

Fantástica.

Slim pensó: «Bueno, por dos veces he pensado que iba a morir. Y por dos veces se ha demostrado que ésta es mi noche de la buena suerte…,»

Porque la mujer que estaba bajo él tenía todo lo que se puede tener, incluso distinción. Y también miedo. Porque susurró:

—¿Qué es esto? ¿Una violación?

—Puede —dijo Slim, sin saber qué contestar.

—Pues al menos no la haga en mi casa. Hay otros sitios mejores.

—¿En su casa…? —gimió Slim.

—Claro. Pensé que al menos me habría reconocido antes de saltar sobre mí. Soy Ludmilla Frankenstein.

CAPÍTULO XIII

Las ruedas del coche sisearon sobre el asfalto mojado. Una pátina entre negra y gris lo cubría todo. El tiempo había cambiado y una lluvia que ganaba en intensidad arrancaba poco a poco las hojas de los árboles.

El capitán Norton dijo:

—La Morgue.

Ludmilla Frankenstein la miró con ojos entrecerrados. Una persona que llevaba aquel apellido debía estar muy acostumbrada a las casas de los muertos, pues su más ilustre antepasado las había frecuentado bastante. Pero no lo parecía. Ludmilla hizo un leve gesto de repulsión mientras miraba al jefe de la Brigada de Homicidios de Washington.

—¿Es necesario? —susurró.

—Por completo. Ya se lo he dicho.

—¿Y por qué no me ha acompañado Slim, el teniente? A causa de un… de un… salto que dio tuvimos ocasión de hacernos grandes amigos.

—Él debe vigilar la casa. Hay muchas cosas extrañas en ella. Por cierto, ¿por dónde había entrado usted?

—Por la puerta trasera, ya se lo conté a Slim. Toda la mejor sociedad de Washington sabía que yo me encontraba en una fiesta y ustedes sin enterarse.

—La Brigada de Homicidios no se trata con lo mejor de Washington, sino con lo peor —dijo evasivamente Norton.

—Bueno, el caso fue que ustedes me buscaron por los lugares donde nunca me encontrarían, como estaciones, aeropuertos, terminales de autobuses, pensiones baratas y casas de mala nota. Menudo prestigio para una mujer como yo… En fin, cuando llego a mi casa y entro como si tal cosa, un tío me salta encima. Menos mal

que era joven y guapo, que si no…

—Lamento no estar yo en las mismas condiciones —dijo Norton, que ya pasaba de los cincuenta.

—Bien, y a lo que iba: ¿es necesario que yo entre en ese edificio siniestro?

—No queda otro remedio. Tiene que identificar el cadáver de Fabre, su criado de confianza. Sin ese requisito no podemos sepultarlo. Por cierto, usted ha invertido dinero en el negocio de conservación de cadáveres del doctor Gost.

—Por favor, no llame negocio a eso…

—Puede que ahora no lo sea, pero con el tiempo puede llegar a serlo. ¡La vida es tan extraña! ¿Pero por qué invirtió usted dinero con Gost?

—Me lo aconsejó una pariente mía: Úrsula Frankenstein.

—¿La que estuvo en Rumania?

—¿Cómo sabe que estuvo allí?

—Slim me ha hablado hace poco.

—Bueno, sí… La que estuvo en Rumania. Esa chica vive desde hace un tiempo obsesionada con la idea de la muerte. Me aconsejó que invirtiera algo en el asunto de Gost. Yo tenía algunos fondos disponibles y lo hice. Nadie ignora que soy rica, al igual que Annabella. ¿Hay algo de malo en eso?

—No, claro que no. Simplemente me limitaba a hacerle una pregunta de rutina, En este momento Úrsula, usted y Annabella son todo lo que queda de la vieja familia de los Frankenstein…

—Sí, y además sin descendencia, por lo cual tan hermoso apellido corre el peligro de perderse para siempre. Yo no parece que vaya a tener hijos por ahora… En fin, a lo mejor aquel teniente de Homicidios salta sobre mí otra vez… Oiga, ¿por qué se ha detenido el coche?

—Porque ya hemos llegado al sitio por donde se entra para identificar a los cadáveres.

El patio era estrecho, hosco. La lluvia golpeaba en el suelo de cemento. Un par de ventanas iluminadas tenebrosamente —si es que esa expresión puede ser usada— enviaban toda la luz que llegaba hasta allí.

—¡Vaya lugar! —se quejó la millonaria—. ¡Y vaya hora!

—Cierto —reconoció Norton—. Pasa de la medianoche, pero no

tenemos más remedio que acelerar los trámites si queremos evitar que la Prensa se nos eche encima. Hace falta que los periodistas no descubran absolutamente nada. Sígame, por favor.

Atravesaron un pasillo siniestro.

Todo aquello era muy viejo.

Y llegaron a una sala donde se alineaban los muertos cubiertos con sábanas. No había ninguna persona viva en el lugar. La luz era allí blanca y limpia, pero —cosa curiosa— resultaba aún más siniestra que la otra, como si el horror se mostrara allí con más claridad.

Norton fue en línea recta hacia un muerto cuyo pie sobresalía llevando adherida una etiqueta roja. Alzó la sábana.

Y Ludmilla no pudo evitar un gemido de horror.

—¿Es él? —preguntó Norton.

—Sí.

—¿Sabía que tenía aquel lugar donde recibía a algunas mujeres?

—Lo sospechaba. Pero debo aclarar que, en su tiempo libre, él podía hacer lo que le viniese en gana.

—¿Era su amante? —Preguntó Norton sin ninguna delicadeza—. ¿Se acostaban juntos?

—¿Por qué supone eso?

—No sé. Usted es joven y bonita. Tiene dinero. Él era joven y cachondo. Pudieron llegar a un acuerdo.

—Me maravilla su delicadeza, capitán. Yo soy una dama.

—Nadie lo niega.

—Pero me trata como a una dama americana, mientras que yo soy una dama de la vieja Europa. Debe aprender esa diferencia de matiz. Aunque las damas de la vieja Europa se acuesten con sus criados, no lo confiesan. Y ahora cubra de una vez esa horrible cara. No parece la misma.

Norton dejó caer la sábana.

La mujer paseó su mirada por el siniestro lugar. Todo estaba limpio, pero había allí unos cuantos instrumentos horribles: cuchillos dentados, sierras, escalpelos, tenazas, dos monumentales garfios… La gama de instrumentos condenados que se usa para trabajar con los muertos se ofrecía ante sus ojos. Ludmilla tuvo un estremecimiento. Se sintió incómoda allí.

—Vamos —dijo.

En aquel momento se abrió una puerta.

Los dos tuvieron el mismo sobresalto. Entre aquella quietud de la muerte, hasta el movimiento más nimio producía una crispación.

Pero no era más que uno de los empleados, el único que habían visto hasta entonces. Tenía cara de chino. Sonrió amablemente y dijo:

—Capitán Norton, le llaman por teléfono.

—¿Dónde?

—En el despacho del forense jefe. Siento que aquí no tengamos aparato. ¿Puede acompañarme? Aseguran que es urgente.

—¿Quién llama?

—De parte de un hombre llamado Slim.

Norton tuvo un sobresalto. ¡Claro que tenía que ser urgente…! Hizo una seña a Ludmilla y rogó:

—Espere aquí un minuto, por favor. Tiene que firmar la diligencia de identificación. Vuelvo al instante.

Cuando ella fue a protestar, Norton ya había desaparecido. Ludmilla Frankenstein comprendió muy bien que se hubiera puesto nervioso, puesto que lo de Slim tenía que ser importante. Suspiró con cierto desaliento.

Y miró en torno suyo.

En fin, aquél había sido el ambiente de algunos de sus antepasados.

Los depósitos de cadáveres.

La muerte.

Esa barrera sutil y a veces imperceptible que separa las cosas respetables de las cosas macabras. Las cosas vivas de las cosas aparentemente muertas. Porque la muerte nadie sabe lo que es; nadie ha podido definirla aún.

La mirada de la mujer fue hacia las mesas.

Ella se llamaba Frankenstein.

Pero no lo parecía.

Tenía miedo…

Un miedo febril, lacerante, que le iba hurgando los huesos como una serie de uñas.

Y entonces se dio cuenta de algo.

Algo que no encajaba.

Uno de los cadáveres cubiertos por las sábanas era enorme.

¿Cómo no se habían fijado en él? ¿Por qué aquellas dimensiones tremendas no habían llamado la atención? ¿Quién era? ¿De dónde había salido?

Además se estaba moviendo.

La enorme mole se alzaba.

La sábana resbalaba… ¡sobre un cuerpo inmenso! ¡Dejaba al descubierto un rostro muy blanco! ¡Y un traje muy negro!

Los ojos giraron poco a poco.

Como si no tuvieran fuerza por sí mismos. Como si los guiara un resorte movido por una pila.

Aquella torre humana se movió.

Avanzó hacia Ludmilla Frankenstein.

Ella hubiera debido reconocerla.

Allí estaba el misterio de dos siglos.

Estaba… la muerte.

Ludmilla retrocedió hasta la pared de baldosas blancas. Se sentía tan aterrada que no podía ni mover los labios. No podía gritar. No podía huir. Las puertas estaban demasiado lejos. Las puertas… Las puertas…

Aquel pensamiento la obsesionaba. Pero los ojos se salieron de las órbitas cuando la figura enorme avanzó más. Cuando las manos se tendieron hacia ella. Las manos enormes, blancas… blancas… blancas…

Ludmilla intentó girar.

Y entonces cayó sobre ella uno de los garfios de carnicero que estaban en la repisa. La pieza metálica dio en el aire un giro alucinante. La punta, se clavó en la hermosa garganta de Ludmilla Frankenstein.

Una fuerza superior hizo que el garfio se hundiera en ella, hasta el fondo. La sangre brotó. Las sábanas que hasta aquel momento eran impolutamente blancas se transformaron en macabramente rojas.

Y el garfio fue izado hacia arriba.

Ludmilla Frankenstein fue colgada de una de las barras que atravesaban el techo.

Así la encontró el capitán Norton un minuto después. Así la vio, como un trofeo alucinante, como una pesadilla sin nombre. Como un sueño desesperado que hacía que le quemara hasta el fondo de

sus ojos.

CAPÍTULO XIV

Slim giró la cabeza.

—Yo no le llamé, capitán —dijo con voz extrañamente opaca—. Fue una sucia encerrona, una cochina trampa.

—Lo sé. Alguien había pagado a una persona para que le llamara a una hora fija, minutos después de que me viera entrar con Ludmilla Frankenstein en aquel patio de la Morgue. En realidad me entretuvieron unos instantes con dilaciones. Luego colgaron. Nunca me perdonaré haber sido tan idiota.

—¿Por qué, capitán?

—Debí haber comprendido en seguida que se trataba de una encerrona y que con ella se pretendía apartarme de Ludmilla Frankenstein. En consecuencia debí colgar en seguida y volver a la sección de cadáveres sin identificar. Quizá hubiera llegado aún a tiempo de hacer algo.

Norton estaba destrozado moralmente. Andaba por su despacho como andaría el convaleciente de una operación que da sus primeros pasos. Su mano casi temblaba cuando aceptó el vaso de *whisky* que le tendía Slim.

—Beba. Le hará bien.

El capitán vació el vaso de un trago.

En efecto, le animó un poco, pero siguió viendo las cosas oscuras. Fue Slim el que dijo con voz opaca:

—Al menos hay una cosa que empieza a estar clara, capitán. O dos. Empezaré por la primera de ellas.

—¿Cuál es?

—El monstruo de Frankenstein existe.

—Ya no sé qué pensar, Slim. Hace un par de días me hubiera reído de eso, pero ahora ya no puedo.

—Ese monstruo existe y además se mueve siempre en ambientes

muy fríos —continuó Slim—. En fin, ambientes que recordarían o harían pensar en los que se necesitan para la conservación de los cadáveres. Véalo: un crimen en la nieve en Rumania, un doble crimen en Washington, pero junto a unas instalaciones muy costosas de frío artificial. Y otro asesinato en la Morgue, donde el clima, por razones obvias, también tiende a ser helado. Por lo menos, son datos que hemos de tener en cuenta y que nos llevan a una primera conclusión defensiva: hay que alejar del frío a las posibles víctimas. Sólo en eso existe una posibilidad de salvarlas.

Norton asintió.

Sentía frío él también. Tanto que bebió con avidez un nuevo vaso de *whisky* antes de encender un cigarrillo.

—Pero hay algo que no encaja —protestó—. Un crimen se produjo en condiciones que para nada recordaban el frío.

—La muerte de Fabre, ¿verdad?

—Sí.

—La muerte de Fabre era necesaria para la muerte de Ludmilla Frankenstein. Sólo por eso. En realidad aquel hombre no murió por otra razón.

—No lo entiendo. ¿O acaso lo mataron para que Ludmilla quedara sin protector durante las noches?

—No exactamente —dijo Slim.

—Pues no lo entiendo.

—Muy sencillo: la desaparición de Fabre dejaba a Ludmilla sin protección por una noche, ya que a la siguiente era seguro que contrataría a un detective a fin de que ocupara el lugar del muerto. En consecuencia era aquella noche la que se tenía que aprovechar. Y el monstruo entró efectivamente, dispuesto a dar el golpe, pero confundió a Ludmilla con Greta. De todos modos, creo que hubiese cometido el crimen igualmente de no ser por mi repentina llegada. Por una razón que ignoro aún, la presencia de otra persona le intranquilizó y le hizo aguardar una nueva oportunidad. Tampoco tenía que forzar demasiado las cosas, puesto que la segunda oportunidad estaba muy bien proyectada. Realmente era la que no podía fallar.

Norton arqueó una ceja.

Iba ya por su tercer vaso.

—¿Era lo de la llamada? —susurró.

—Bueno, ésa era una parte. El plan esencial consistía en esto: Ludmilla iría a identificar el cadáver a la Morgue aquella misma noche. Podían apostarse diez contra uno a que ello sucedería así. Entonces una persona pagada llamaba desde fuera. Ludmilla quedaba sola. Y el monstruo no tenía más que actuar en aquel espacio reducido y sin escapatoria posible. Estaba bien claro que a aquella hora no existía en la sección más que un empleado que hacía trabajos de rutina. El golpe era seguro siempre que se asestara en un plazo breve de tiempo: dos o tres minutos como máximo.

Norton cabeceó.

Ahora lo veía claro. Siniestramente claro.

—De modo que por eso mataron a Fabre… —dijo con voz helada.

—Sí. Y a él no le mató el monstruo. O al menos lo mató de una manera distinta. Porque todos los crímenes han sido espantosos, pero ése no lo fue.

Los dos hombres guardaron silencio. Slim se sirvió un vaso también. Más allá de la ventana amanecía sobre el Potomac y sobre las calle tranquilas de Washington.

Todo tenía un reflejo turbio.

—No me gusta el amanecer —dijo Slim secamente—. Al estar levantado a estas horas me da la sensación de que soy una mujer de la limpieza. A mí me gusta mucho más trabajar por la noche. No sé cómo explicarle; sus sombras las siento dentro de mí.

—Yo he llegado a perder ya el sentido de las horas —gruñó Norton—. Pero antes hemos hablado de las víctimas, ¿de qué víctimas? ¿Quién más puede morir?

—Los que lleven el apellido Frankenstein —dijo Slim quedamente.

—Ahora sólo lo llevan dos personas.

—Cierto… Y también hay aquí algo que no encaja, capitán. El hombre que estaba en Rumania no tenía nada que ver con los Frankenstein excepto en una cosa: estaba junto a Úrsula. Él se llamaba Cox, pero su relación con Úrsula Frankenstein pudo ser suficiente para que la furia del monstruo se desatara. Parece que Úrsula se parecía mucho a una bisabuela suya, contemporánea del monstruo de Frankenstein. Y parece que ese ser de pesadilla llegó a enamorarse de ella.

—Lo cual significa que… ¿podría seguir enamorado, pero ahora de Úrsula?

—Sí. No olvide que el monstruo, en este caso, sería inmortal. Y sus sentimientos perdurarían a través de un tiempo superior al siglo.

—Pero eso es… es…

—Sí, ya sé. Parece una pesadilla. Y sin embargo los muertos existen. Y existen los crímenes. Pesadilla o no, más vale que tomemos medidas ante una cosa tan real. Hay que prevenir a las posibles víctimas.

—Bien, ¿pero dónde están ahora?

—Una de ellas, Annabella, es fácil de localizar. Incluso en este momento mis hombres vigilan discretamente su lujosa casa. La otra, Úrsula, me parece más difícil, porque siempre viaja, pero daré con ella igualmente, a tiempo para prevenirla. Ésa es la más peligrosa porque parece que el monstruo la vigila estrechamente. Cualquiera que se acerque demasiado a ella corre el riesgo de… de… En fin, ¡lo curioso es que me parece que es una tía estupenda!

Y fue hacia la puerta, queriendo cortar la conversación con aquella nota de optimismo. Verdaderamente les hacía falta a los dos. Pero Norton parecía tan preocupado que se estaba sirviendo ya un nuevo vaso.

—¿Y dar facilidades? —preguntó.

—No lo sé.

—Pues si las da, conviene que yo lo sepa —dijo Norton—. A mi edad ya no se tienen demasiadas oportunidades. Y puestos a morir, más vale hacerlo junto a una señora que valga la pena…

Slim preguntó con voz helada:

—¿Morir despedazado, capitán?

Y cerró la puerta.

CAPÍTULO XV

La mansión estaba en un lugar más elegante aún que el que rodeaba la casa —ahora cerrada— de Ludmilla Frankenstein. De todas las personas que llevaban el viejo apellido, Annabella era la más rica. Podía hacer obras benéficas, comprar cuadros y objetos de arte, dar la vuelta al mundo en cruceros de lujo y encima no llamar la atención. Era lógico, puesto que no le gustaba exhibir su apellido. En todos los lugares que frecuentaba la llamaban ambiguamente «la señora Frank».

Aún era muy guapa.

Pero conservaba un cierto regusto por lo siniestro que parecía ser común a todos los miembros de la familia. La casa tenía un aire fantasmal. La elegancia y la riqueza se perdían en esa sensación de respeto, pero al mismo tiempo de temor, que siempre inspiran las catedrales a la luz de la luna.

Porque su casa parecía una catedral gótica.

Slim la miró desde el coche. Era un vehículo alquilado, negro, que no llamaba en ninguna parte la atención. Lo había elegido por eso.

Greta dijo a su lado:

—Es curioso. A todos los millonarios americanos les gustaría vivir en un viejo castillo europeo.

—Los Frankenstein son plenamente europeos —musitó Slim, recordando lo que había estado escribiendo Bunsen cuando murió.

Y encendió un cigarrillo. No se acercaba nadie por el sendero que llevaba a la casa. Todo estaba en perfecta calma.

Aquella especie de catedral gótica reposaba bajo la luz de la luna como un monumento al pasado. La zona era quieta, tranquila; estaba rodeada de bosque. El silencio era casi augusto. A veces daba la sensación de que uno vivía a millas y millas de todo punto

civilizado, a millas y millas de Washington, cuando a la capital federal se podía llegar empleando una autopista apenas a trescientos metros.

Greta musitó:

—Es un barrio muy tranquilo. Me gustaría vivir aquí.

—A mí también —dijo Slim—, pero hay un inconveniente. Mira.

Señaló la enorme máquina que había a poca distancia del edificio. Era una especie de explanadora como la que habían visto cerca de la casa donde murió Bunsen. Uno de esos enormes artefactos mecánicos que son en parte locomotoras, en parte apisonadoras y en parte enormes grúas. Servía para todo. Incluso para talar de raíz pequeños árboles, al parecer, porque ahora su terminal finalizaba en unas enormes pinzas dentadas de acero.

—Van a construir algo aquí cerca —susurró Slim—. Muchos árboles serán talados. La paz desaparecerá. ¿Sabes qué te digo? Ya no van a quedar lugares tranquilos en las cercanías de las ciudades. Será imposible conseguirlos incluso pagándolos con montañas de oro.

Y encendió un cigarrillo con el encendedor del coche, sin producir ninguna llamita. Sus ojos estaban fijos en la casa. Llevaban allí más de tres horas vigilando, después de haber vigilado otros hombres durante todo el día. Pasaban de las tres de la madrugada. Y empezaba a soplar un vientecillo fresco, casi gélido, por entre los árboles que rodeaban la mansión.

—No debieras haberme acompañado, Greta —dijo él sintiendo que le dominaba el cansancio—. En cierto modo es ilegal que estés aquí. Y peligroso…

—¿Crees que podría apartarme de esto después de lo que ha sucedido? —musitó ella—. Aunque pienso que no va a ocurrir nada esta noche. Todo está tran…

Y de pronto se interrumpió.

Sus párpados acababan de sufrir una sacudida. Sus ojos estaban posados fijamente en un punto imprecisable de la noche. Pero no necesitó decir una sola palabra porque Slim lo había visto también.

Quizá era un hombre.

Algo se deslizaba hacia la casa.

O una enorme bestia.

Se arrastraba entre los árboles.

Se movía a extraños saltos.

Iba a entrar en el mundo cerrado hasta el hermetismo de aquella vieja catedral gótica.

Greta balbució:

—Dios santo…

Porque pensaba lo mismo que estaba pensando Slim. Para ambos volvía el mundo lejano de la infancia. Las oscuras películas de los cines de barrio. El monstruo de Frankenstein llenando la pantalla, avanzando hacia ellos, metiéndose en sus corazones y ahogándolos con su presencia.

Sí. Era como aquellas viejas y oscuras sensaciones.

Porque el que se acercaba era el monstruo de Frankenstein.

Volvía a estar allí, pero ahora convertido en una sórdida realidad, una realidad que mataba.

Slim dijo con un hilo de voz:

—Creo que hemos tenido suerte.

—Llamas suerte… ¿a esto?

—Lo tenemos al alcance de nuestra mano. Trata de liquidar a Annabella, pero por primera vez estamos sobre él. No conseguirá ni entrar en la casa.

La muchacha le sacudió con un espasmo de horror. Le miraba con ojos muy abiertos donde palpitaba la angustia.

—Estamos solos —musitó—. Nadie nos va a ayudar. Insisto: ¿cómo es posible que llames suerte a esto?

Estaba alucinada por el miedo. Todo su cuerpo temblaba. Slim abrió en silencio la portezuela de su lado mientras murmuraba:

—Tenía que evitar a toda costa que hubiera demasiados coches aquí, demasiada gente. De lo contrario, Frankenstein no hubiese acudido. Habría advertido en seguida cualquier presencia humana.

—Pero en la casa habrá criados, supongo…

—Sí, pero viven en el piso inferior, mientras que Annabella está completamente sola en el piso superior. Le parece más distinguido no mezclarse con la servidumbre. De modo que si el monstruo consigue llegar hasta allí…

Hizo un expresivo gesto, significando que entonces todo estaría perdido para Annabella Frankenstein. Luego salió del coche. Greta bisbiseó:

—Estás loco…

—No lo estoy. Es un riesgo que sabía que había de correr. Al menos tengo que intentarlo.

—Pide ayuda por radio…

—Si lo hago, será inevitable que mis compañeros produzcan ruido al llegar. Y entonces es posible que Frankenstein se asuste, lo destruya todo y cause víctimas inocentes. Ya has visto lo que hace con… con sus… bueno, con los que caen en sus manos.

Y avanzó entre la oscuridad. Parecía dispuesto a correr aquel riesgo mortal. Sus ojos estaban quietos, como hipnotizados, sobre la figura que avanzaba.

Greta sintió un miedo horrible a seguirle, pero también sintió un miedo insoportable a quedarse sola en el coche. Por lo tanto avanzó tras él. Sus ojos extraviados también escrutaban las sombras del bosque.

Nunca había vivido un momento de horror así.

Su corazón palpitaba locamente. Le hacía daño dentro del pecho. La certidumbre de que tenía cerca el monstruo de Frankenstein la hacía enloquecer de miedo.

Pero sin embargo, seguía adelante.

A veces es el propio miedo el que nos da fuerzas.

El que nos impulsa a seguir como sea. A buscar el horror mismo.

Las hojas muertas crujían bajo sus pies.

La oscuridad les envolvía.

Sólo unas luces que parecían infinitamente lejanas estaban brillando en los alrededores de la casa.

Slim sabía ahora muchas más cosas que antes. Gracias a los servicios de la Interpol, había obtenido toda clase de detalles sobre la muerte de Cox en las montañas de Rumania. Y estaba perfectamente enterado de lo terrible que podía ser la furia desatada de aquel coloso. Pero ni uno de sus músculos vacilaba mientras se acercaba implacablemente a lo que podía ser su propia muerte.

—Quédate aquí —bisbiseó mirando a Greta—. No sigas…

—No puedo. Tengo un miedo horrible a… a quedarme sola.

Había sido una locura admitir a Greta allí, pero ya era tarde. Por otra parte, los pensamientos de Slim se paralizaron en aquel instante. La luz indecisa que había en torno a la mansión le permitió ver mejor la silueta del monstruo mientras alzaba una de

las ventanas de guillotina del pabellón auxiliar que estaba anexo a la casa. Por lo visto aquella ventana tenía un falló que él conocía bien. Desde allí podía llegar a las habitaciones principales fácilmente.

Slim ya no podía impedir que entrara. Lo tenía a demasiada distancia para eso. Tampoco se atrevía a disparar porque, entre la penumbra, se le podía escabullir fácilmente. Pero ya no iba a permitirle más libertad de movimientos. Había llegado sin remedio a la recta final que le conduciría a la solución de aquel maldito caso o al fondo de su propia tumba.

Recordó por un instante, como en una fugaz visión de pesadilla, los muertos que había visto despedazados. Pero eso no le arredró.

Se lanzó hacia adelante.

Ahora ya no le importaba hacer ruido.

La figura enorme se volvió un instante. Llegó a verle, aunque Slim apenas pudo distinguir nada porque estaba a contraluz. Con voz ronca gritó:

—¡Quieto!

Sabía que era inútil.

Nadie había detenido jamás al monstruo de Frankenstein con una voz.

Pero él tenía que guardar al menos las apariencias legales. No podía disparar sin haber dado al menos la voz de alto. Vio desaparecer a la enorme figura mientras él enviaba la primera bala.

Ésta resbaló por la pared.

Se convirtió en cien esquirlas de plomo.

Slim había calculado que podría saltar sobre el monstruo antes de que éste llegara a la casa, y por tanto su intención fue desde el primer momento no hacer ruido. Pero las distancias en el bosque engañan. Ahora tenía que lanzarse como fuese antes de que en aquella casa se originara una catástrofe.

Una segunda bala despertó ecos dormidos en la oscuridad.

En la casa se encendieron luces.

Pero sólo había allí dos viejos criados, porque otros dos habían pedido permiso por una noche. Slim ignoraba eso. No sabía que Annabella Frankenstein estaba prácticamente sin defensa.

Sólo él podía ayudarla.

Sólo él, que se encontró con el filo del hacha al entrar por la

ventana.

Que se encontró con el horror cara a cara. Con la imagen de su propia muerte.

* * *

Ninguno de los que habían visto al monstruo de Frankenstein, empezando por Cox, vivía para contarlo, y por lo tanto nadie podía explicar cómo era. El propio Slim no tenía más referencia que las viejas películas, las añejas fotografías archivadas en un rincón del olvido. Y ahora lo distinguió cara a cara. Ahora se encontró con lo que él imaginaba que era el horror.

Pero hay sorpresas que dejan más helado que el miedo mismo, y ésta fue una de ellas. Porque Slim, en el mismo instante de atravesar la ventana, se dio cuenta de que el monstruo de Frankenstein no era como en los viejos relatos o los lejanos filmes de su infancia. Era enorme, tan enorme como un coloso, como una estatua, pero no tenía la cara que los aficionados al cine de todo el mundo conocen bien. Ni tornillos en las sienes, ni boca rígida, ni cabeza cuadrada y como hecha en un molde. No. Lo que Slim tenía delante era un ser humano como otro, aunque de dimensiones enormes, una figura que incluso a pocos pasos de distancia recordaba a la del monstruo de Frankenstein… ¡y que ahora blandía un hacha sobre su cabeza!

Ni los verdugos de la Edad Media la hubiesen manejado con aquella habilidad.

Slim vio que la hoja de acero venía hacia su cuello. Comprendió que, un segundo después, su cabeza saltaría por los aires.

Llegó a ladearse en la última fracción de segundo, con una agilidad que a él mismo le dejó asombrado, porque parecía imposible esquivar aquel golpe. El hacha se estrelló contra la ventana. La hizo saltar completamente, partiéndola por la mitad.

Slim fue a disparar. En una situación así, ya no podía andarse con más comedias. Pero de pronto se encontró con su mano vacía. La crispación de su cuerpo para evitar el hachazo había sido total. Ni él mismo se dio cuenta de que se había estrellado contra la pared, dando una alucinante vuelta en el aire y crispando las manos mientras intentaba cubrirse. Por lo tanto la pistola había resbalado hasta el suelo y él ya no podía verla.

Vio de nuevo el monstruo ante él.

Y el hacha alzada.

Y se dio cuenta de que ahora ya no podría esquivar. De que acababa de llegar al final de un largo camino y de que un paso más allá estaba el borde de su propia fosa.

El hacha voló.

CAPÍTULO XVI

Hay momentos en que uno realiza cosas que aparentemente no hubiera podido realizar jamás, cosas que no parecen propias de un ser humano. Por ejemplo, el salto que dio Slim. Aquella crispación increíble de su cintura que le permitió esquivar el hachazo que iba a partirle el cuerpo en dos.

Y a continuación atacó él.

Se lo tenía que jugar todo a una carta. Si vacilaba aunque fuera sólo unos segundos, estaba perdido.

Disparó su pierna derecha contra el estómago del monstruo. Le alcanzó de lleno y le hizo gemir de dolor. Por lo visto, aquel bicho también tenía sus nervios. Slim intentó repetir el golpe.

El monstruo lanzó entonces una especie de rugido.

De entre sus labios empezó a escapar una espuma sanguinolenta. Slim le había destrozado una silla en plena cara. La sangre saltó. Dos lámparas con pie de bronce fueron derribadas estrepitosamente.

El monstruo había perdido el hacha. Retrocedió dos pasos. De pronto sus espaldas chocaron con una puerta.

La derribó con su peso.

Slim estaba asombrado.

Aquella especie de bicho desplazaba más peso que un barco de guerra. Y cuando él le destrozó una silla en la cabeza, ni se había enterado, a excepción del síntoma de la espuma sanguinolenta… Ahora él empleó el pie de una de las lámparas de bronce para descargarlo contra un flanco de su enemigo.

A cualquiera le hubiese destrozado las costillas.

Le hubiera partido casi el pecho en dos.

Pero aquella bestia humana, si es que era humana, no se enteró. Sólo la espuma roja que partía de entre sus labios se hizo más intensa. Con una sola mano alzó una mesa que debía pesar más de

cien kilos, pues era de caoba y plata.

La lanzó contra Slim. Este pudo esquivarla y a eso debió la vida, pues de lo contrario la mesa le hubiera triturado. El mueble se estrelló contra la pared, la cuarteó y se convirtió en astillas. Ni la fuerza de una locomotora hubiese podido darle tanto empuje. Fue algo inhumano y que dejó a Slim con la boca abierta, mientras una sensación de muerte le invadía los nervios bruscamente.

El monstruo retrocedió como si quisiera tomar empuje.

Sus espaldas dieron con la puerta que antes había derribado, pero ahora la puerta ya no estaba allí. Rodó bruscamente, con un estrépito infernal, por las escaleras que llevaban al sótano. Hasta las paredes de la casa temblaron.

Slim fue a lanzarse tras él.

Aun sabiendo que aquello era una locura, pues el monstruo terminaría alcanzándole, no le quiso dejar respiro. Puso los pies en aquellas escaleras y vio confusamente, abajo, los relieves de un viejo sótano en el que se habían encendido una serie de luces amarillas.

Había viejas armas en él. El monstruo lanzó contra Slim una vieja lanza que debía tener un gran valor histórico, pero que al mismo tiempo seguía teniendo una gran eficacia mortífera. Si llega a cazar a Slim, le atraviesa de parte a parte. Slim se lanzó de cabeza contra una puerta lateral. La lanza le rozó y se clavó tremolante en el decorado de madera de una de las paredes.

Sin darse cuenta, Slim había atravesado la puerta como un rayo. Se encontró en una habitación desconocida y chocó con alguien que llevaba una pistola. El impacto fue tan inesperado y casi tan brutal que los dos rodaron por la alfombra. La pistola fue hacia el aire y cayó por la ventana abierta.

Slim farfulló:

—Greta, te he pedido que te alejaras de aquí y…

Pero de pronto se detuvo asombrado. No, aquélla no era Greta. La que había caído junto a él, mostrándole con generosidad las turbadoras formas de su cuerpo, era una preciosa muñeca cuyo rostro había visto en la oficina de pasaportes. Era la pieza que faltaba en el cuadro de la siniestra familia. Era la última Frankenstein. Era Úrsula, la que en Rumania había visto morir a Cox.

Slim apenas pudo barbotar:

—¿Por dónde demonios ha entrado?

—No olvide que conozco esta casa. Por favor… ¡póngase a salvo!

—Dudo mucho que pueda hacerlo —murmuró Slim—. Ahora ya estoy metido en el jaleo. No sé cómo salir de él.

—Yo he visto matar a ese monstruo. Lo he visto matar en Rumania, cuando Cox fue destrozado. Yo…

—Sé perfectamente lo que va a decirme. Usted es Úrsula Frankenstein. Y agradezco su ayuda, pero hubiera sido mejor si no llega a caérsele la pistola.

Ella balbució:

—Hay otro sistema para acabar con Frankenstein. El único sistema. No olvide que yo lo conozco mejor que nadie. No tenemos más que un arma.

—No pretenderá quemar la casa… Todos nos abrasaríamos dentro…

—Hay algo mejor. ¿Ha visto la máquina que hay fuera?

—Claro que la he visto.

—Yo sé manejarla.

—¿Queeeeé…?

—He dicho que sé manejarla. Me he movido en toda clase de ambientes, aunque no lo crea. Y si con esas pinzas enormes consigo atrapar a Frankenstein, lo partiré en pedazos del tamaño de una pelota de tenis. Es el único sistema. No hay otro. ¡Le juro que no hay otro…!

—No podrá hacer entrar la máquina en la casa, maldita sea.

—No hace falta. Su terminal con las pinzas es lo bastante delgado para entrar por las ventanas. Y una puede guiarlas desde abajo como se podrían guiar unas sencillas tijeras. La dirección va conducida electrónicamente por una serie de espejos.

—De acuerdo —decidió bruscamente Slim—. Hágalo. Mientras tanto, yo haré que esa especie de bestia salga del sótano.

Mientras la muchacha saltaba por aquella ventana de la planta baja, él volvió a salir a las escaleras. Vio abajo, en aquella especie de gruta, la danza alucinante de las luces amarillas. Pero el sótano estaba vacío. El monstruo ya no estaba allí… ¡Parecía haberse disuelto en el aire…!

Slim lanzó un rugido.

Miró desorientado en torno suyo.

Y entonces oyó en el exterior el ruido de la máquina. Era un ruido sordo, pero menos intenso de lo que hubiera podido creerse. Avanzaba implacablemente hacia la fachada de la casa.

Pero aquello no servía de nada si el monstruo no se ponía a tiro. Slim tenía que hacer lo que fuese para atraerle hacia una de las ventanas. Miró en torno suyo y distinguió las arrugas en la alfombra de la escalera que llevaba al primer piso. El coloso había subido por allí; sólo sus pies hubieran podido causar unas arrugas tan enormes.

Y Slim se estremeció.

Arriba estaba Annabella Frankenstein.

El monstruo acabaría con ella si Slim no llegaba a tiempo.

Subió con la velocidad de un gamo. La tensión de sus nervios era tan fuerte que casi le impedía respirar. Abrió una puerta y vio a una vieja sirviente aterrorizada que estaba rezando. De poca ayuda iba a servirle aquella pobre mujer. Slim fue a dirigirse hacia otra puerta cuando captó aquel aullido terrible, aquel aullido lacerante que causaba angustia, que atravesaba las paredes, que lo llenaba todo.

Era un aullido de muerte.

La muerte estaba allí.

Slim abrió la puerta tras la que acababa de sonar aquella voz y entonces sus ojos se desencajaron de horror, de miedo, casi de asco.

La escena era alucinante.

No podía creerlo.

Pero la enorme pinza de la máquina había entrado por una de las ventanas, destrozándola. Las pinzas de sierra de que estaba dotada habían apresado el cuerpo de una mujer… ¡partiéndolo prácticamente en cuatro pedazos…!

La sangre había saltado hasta las lámparas.

Lo llenaba todo.

La cabeza de aquella mujer rodó casi hasta los pies de Slim, que no pudo evitar un gemido de horror. A pesar de su temple, notó qué todo daba vueltas en torno suyo. Porque había reconocido aquella cabeza separada del tronco. Porque había reconocido a la víctima: Annabella Frankenstein.

Y de pronto lo comprendió todo.

Fue como una película alucinante que desfilara ante sus ojos.

Fue como una fugaz pero estremecedora pesadilla.

La máquina que estaba cerca de la casa donde murió Bunsen.

Úrsula la había utilizado para causar aquella mortandad que al principio dio la sensación de ser inexplicable.

Luego había hecho trasladar una máquina parecida hasta las cercanías de la casa de Annabella.

Antes de hacerla funcionar, quiso terminar con el propio Slim. Para eso llevaba una pistola. Pero el inesperado tropezón y el hecho de que la pistola saliera despedida por la ventana la habían obligado a cambiar de planes.

Un sudor lívido llenaba ahora las facciones de Slim.

No, no era aquel gigantón el que causaba las alucinantes muertes.

El gigantón, en el fondo, era solamente una pieza de circo, un monstruo humano que servía de comparsa, que servía para dejar huellas mientras la propia Úrsula hacía su siniestro trabajo. Verdaderamente debía ser fácil contentarle. Una sonrisa de Úrsula, una vaga promesa de felicidad sexual y aquel pobre tarado, aquel fenómeno humano, haría lo que ella dijese.

Y, en el fondo, además, lo que hacía era bien poca cosa: sólo asustar, dejar huellas y guardar silencio. No mataba a nadie. No lo intentaba siquiera más que en caso de desesperación, como poco antes. Incluso en la casa de Ludmilla se había asustado, evaporándose, al notar la presencia de Slim.

Los pensamientos seguían zumbando en el cerebro de éste como una melodía siniestra. Porque ahora lo veía todo con una espantosa claridad: en el depósito de cadáveres fue Úrsula la que clavó el gancho de carnicero, no él. En Rumania, él había llegado hasta la choza de montaña colgándose del cable que había de servir para el telesilla, que aún estaba muy bajo, y que Slim había visto en las fotografías enviadas por la Interpol. Eso le permitía dejar las marcas de sus enormes pies (llevando seguramente, además, unas suelas artificiales más grandes aún) en las zonas de la nieve que le convinieron. Como en otras zonas no había huellas, eso tuvo que dar por fuerza la sensación de algo sobrenatural.

Los pensamientos de Slim cabalgaban como caballos enloquecidos. El sudor ya bañaba del todo su rostro. Le costaba respirar.

Porque se daba cuenta también de la clase de arma que había sido empleada en Rumania. En las fotos estaba, aunque por lo visto nadie lo adivinó. Un *bulldozer* militar para abrir camino a las piezas de artillería, que, al bombardear cierta zona durante las maniobras, habían puesto al descubierto de nuevo las ruinas de Tamarov.

Hay momentos en que todo se ve con una mágica lucidez.

Generalmente los momentos que preceden a la muerte.

Y ahora la mente de Slim veía también los móviles. Porque Úrsula era la única miembro pobre de la familia, y en cambio aspiraba a todo. Su ambición no conocía límites. Los Frankenstein siempre fueron ricos, puesto que de lo contrario no se comprenderían muchas de las cosas que lograron. Úrsula aspiraba a esas riquezas al ser la única heredera si los demás morían. Eso explicaba las muertes menos la de Bunsen y la de Cox… ¿La de Bunsen y la de Cox?

Sí, también ésas. Bunsen porque, al escribir la historia de la familia, podía aportar datos de odios, recelos y tal vez demandas judiciales que un día demostrarían la culpabilidad de Úrsula o le imposibilitarían la adquisición de la herencia. Con el hombre a quien ella misma había estropeado el coche «Triumph» para que no tuviera más remedio que acompañarla, había sido eliminado porque sus negocios le permitían conocer una serie de detalles de los negocios de los. Frankenstein que imposibilitarían a Úrsula, en su día, adquirir la herencia. Aunque Cox conociera los nombres de las sociedades y no los nombres de los dueños, es decir aunque el apellido Frankenstein no le sonara en cuanto a los asuntos que él tramitaba, llegaría un día inevitable en que se haría necesaria su intervención, al reclamar Úrsula los bienes. Y entonces aparecerían, sin duda, papeles perjudiciales. Inventarios que demostrarían que ella no tenía derechos. O que ya había cobrado grandes cantidades en otro tiempo a cuenta de las compañías mercantiles de los Frankenstein. Cox no podía recordarlo entonces, pero más tarde sí que lo haría. Muerto él, en cambio, Úrsula tendría grandes probabilidades de evitar que aparecieran aquellos documentos.

Todos aquellos pensamientos hicieron que los músculos de Slim vibraran locamente.

Se daba cuenta de que había llegado a conocer la verdad pero demasiado tarde. Porque ahora las pinzas avanzaban hacia él. Se

movían implacablemente. A través de la combinación de espejos… ¡Úrsula Frankenstein le veía desde abajo! ¡Y podía guiar la infernal máquina por medio de la dirección electrónica!

¡Era como si a Slim le fuesen a partir unas tijeras!

¡Pero unas tijeras gigantescas…!

Las pinzas avanzaron hacia él.

¡Se cerraron con la rapidez del rayo!

Slim estaba acorralado en la pared, pero hizo algo que quizá nunca volvería a hacer con tanta velocidad. Se dejó caer al suelo. Las pinzas, al cerrarse con un brutal chasquido le arrancaron incluso cabellos de la cabeza.

Todo había dependido de un centímetro.

Slim sentía en su propio cráneo el frío de la muerte.

Las pinzas bajaron entonces un poco. Se movían, como si las guiase una mano humana. Toda la casa parecía crujir. Slim rodó por tierra mientras se protegía con una silla.

Consiguió engañar de momento a la dirección electrónica, que se orientaba por los obstáculos que tenía delante. Las pinzas se cerraron de nuevo y la silla quedó materialmente convertida en virutas. Slim no pudo evitar un gemido de horror.

Estaba listo.

Sus ojos se habían desencajado.

Ahora la próxima víctima sería él.

No podía retroceder.

¡No podía…!

El monstruo apareció entonces en la puerta. Sus ojos miraron a Slim. Lanzó una especie de risita sorda.

Una risita de loco.

Todo aquello había acabado por perturbarle también. La sangre le excitaba hasta el límite. Avanzó para ver mejor cómo quedaba despedazado aquel cuerpo.

Y entonces las pinzas giraron.

Úrsula, desde abajo, no veía bien. No podía hacerlo. Sólo sabía que, por fin, tenía delante un cuerpo humano y que éste ya no podía escapar. Movió los resortes…

Las pinzas se cerraron con un brutal chasquido.

Slim hubo de cerrar los ojos.

Sintió una serie de golpes sordos en su rostro: las gotas de

sangre de la víctima. Su propio horror le inmovilizó. Sus manos arañaron el aire. Sus nervios estallaron, lanzó un estertor.

Una parte del monstruo salió despedida hacia el suelo; la otra hacia la ventana. Los ojos de Slim siguieron aquella danza de pesadilla mientras su cerebro parecía cubrirse de niebla.

Las pinzas se retiraron poco a poco. Salieron por la ventana. Úrsula Frankenstein, desde abajo, estaba segura de haber rematado su siniestra obra.

La máquina retrocedió sobre sus ruedas de oruga. Las pinzas estaban alzadas hacia el cielo. Luego Gastaría limpiarlas con una manguera para hacer desaparecer la sangre.

Slim asomó por aquella ventana.

Caso de tener una pistola hubiera disparado contra la asesina para, al menos, inmovilizarla, pero no la tenía. Se dispuso a saltar para lanzarse sobre la infernal máquina. No le importaba el riesgo. Sus dientes chirriaron como los de un poseído por el demonio.

Las ruedas de oruga seguían retrocediendo.

Las pinzas habían sido alzadas hasta el máximo para que no chocaran contra los árboles al maniobrar el vehículo. Pero Úrsula no se daba cuenta de una cosa. No se daba cuenta de que…

Slim gritó con toda la potencia de su voz:

—¡Los cables!

En efecto, el tendido de alta tensión pasaba por allí. Estaba en el camino de las enormes pinzas y del alto brazo alzado de la grúa. Unos segundos más y… y…

—¡Los cables! ¡Alto!

El grito sirvió para que Úrsula intentara saltar de la máquina al darse cuenta de que no podía ya frenar. Intentó deslizarse del asiento que quizá la hubiera protegido. Las manos se posaron en el metal.

Y la descarga se produjo.

Miles y miles de voltios.

La fuerza destructora de un rayo.

Todo pasó a través de las pinzas metálicas, a la infernal máquina que había abajo… y al cuerpo de Úrsula Frankenstein, que estaba casi abrazada a ella. Aquélla hermosa anatomía, aquella tentadora escultura, aquella estatua preciosa y diabólica a la vez, empezó a despedir chispas mientras sonaba un ronco, un estremecedor, un

sordo alarido de loba herida de muerte.

Todo el cuerpo se incendió.

La descarga era monstruosa.

Úrsula Frankenstein se estaba abrasando. Se estaba encogiendo, se estaba convirtiendo en un pedazo de carbón. Al fin la propia fuerza que la estaba aniquilando pareció ser compasiva con ella. Una última descarga, una última llamarada la enviaron fuera de la máquina. Quedó en el suelo, convertida en un pingajo que aún ardía…

Era el fin del último monstruo.

Del último de los Frankenstein.

De la dulce y amada Frankenstein.

Slim salió de la habitación como un borracho. Necesitaba llamar a Norton, necesitaba hablar con alguien… ¡necesitaba respirar! Avanzó hacia un teléfono.

Pero Greta ya estaba marcando un número.

—¿Adónde llamas? ¿A la Brigada de Homicidios?

Slim susurró:

—No. Llamo a un sitio que tú y yo necesitamos mucho más.

—¿Qué sitio? —Gruñó turbiamente Slim.

Y ella dijo con un tono de voz extrañamente dulce:

—Llamo a un hotel donde se pueda pasar tranquilamente un fin de semana…

FIN



Silver Kane, seudónimo de Francisco González Ledesma (Barcelona, 1927-2015)
fue un abogado, periodista y escritor.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a Sombras viejas. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en El Correo Catalán y, más tarde, en La Vanguardia, alcanzando en ambos periódicos la categoría de redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica Los Napoleones y en 1983, El expediente Barcelona, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece

por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con Crónica sentimental en rojo y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.

Con el seudónimo de Enrique Moriel ha publicado La ciudad sin tiempo (2007) y El candidato de Dios (2008).